





# **“Democracia” contra Democracia (o *la política* contra *lo político*)**

*A propósito de los cuarenta años  
de democracia en Argentina (1983-2023)*

**Miguel Mazzeo**

MUCHOSMUNDOS   
ediciones.

**Ilustración de interiores, portada y contraportada: Ignacio Andrés Pardo Vásquez.**  
**Corrección: Antonella Álvarez y Hernán Ouviaña.**  
**Diagramación: Esteban Sambucetti.**

## **Muchos Mundos Ediciones**

Instagram: @Muchosmundos\_ediciones

FB: Muchos Mundos Ediciones

Mail: muchosmundos.ediciones@gmail.com

Web: <https://muchosmundosediciones.wordpress.com/>



Esta edición se realiza bajo la licencia de uso compartido. Está permitida la copia, distribución, exhibición y utilización de la obra bajo las siguientes condiciones:



Atribución: se debe mencionar la fuente (títulos de la obra, autorxs, editorial y año)



No comercial: se permite la utilización de ésta obra con fines no comerciales.



Sólo está autorizado el uso parcial o total de esta obra para la creación de obras derivadas siempre que éstas condiciones de licencia se mantengan para la obra resultante



Copyleft

Mazzeo, Miguel

“Democracia” contra Democracia (o la política contra lo político). A propósito de los cuarenta años de democracia en Argentina 1983-2023 / Miguel Mazzeo. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Muchos Mundos Ediciones, 2023. 100 p.; 18 x 13 cm.

ISBN 978-987-82866-3-1

1. Democracia. 2. Democracia Popular. 3. Crisis. I. Título.

CDD 320.0982

# Índice:

|   |           |
|---|-----------|
| Prólogo   |           |
| <b>La democracia que los parió.....</b>   | <b>9</b>  |
| <i>Hernán Ouviaña</i>   |           |
| <b>Nota del autor.....</b>  | <b>15</b> |
| <b>Tiempos perturbadores, balances magros.....</b>  | <b>19</b> |
| <b>Tragedia, farsa y verdad. Sobre el “pacto democrático”<br/>de diciembre de 1983.....</b> | <b>37</b> |
| <b>Democracia e impotencia popular:<br/>la gran culpa colectiva.....</b>                    | <b>47</b> |
| <b>“Democracia” vs. poder popular.....</b>  | <b>61</b> |
| <b>Aproximaciones a la democracia.<br/>Los mejores impulsos.....</b>                        | <b>69</b> |
| <b>Patear el tablero.....</b>   | <b>79</b> |
| <b>Recapitulación.....</b>  | <b>87</b> |
| <b>Bibliografía general.....</b>  | <b>93</b> |
| <b>Sobre el autor.....</b>  | <b>99</b> |



*Años de dictadura han llevado a confundir el concepto de democracia –gobierno del pueblo– con los conceptos de libertades y garantías, eso que tanto empeño se ha puesto en conceder a la población. Nada hay más fácil, para el gobierno que asume en diciembre de 1983, que establecer libertades y garantías: para ello le basta con actuar por omisión. En cambio, nada hay más difícil que establecer la democracia, u operar democráticamente, porque esto exige acciones tendientes a incrementar la chance de participar en el poder de los ciudadanos...*

Rodolfo Fogwill:  
“La herencia cultural del proceso”. Revista El Porteño, mayo de 1984.

*Ahora ya no llora  
Preso en mi ciudad, ¡ja, ja, ja!  
Casi ya no llora, ¡atrapado en libertad!*

Eduardo “Skay” Beilinson/Carlos “indio” Solari  
“Preso en mi ciudad”



Prólogo

## La democracia que los parió

*¿Se quiere que existan siempre gobernantes y gobernados  
o se quieren crear las condiciones para que desaparezca  
la necesidad de la existencia de esta división?*

Antonio Gramsci

Esta democracia no da más. Se encuentra definitivamente agotada. Estallada y astillada, supura desigualdades por cada uno de sus poros y no puede dar ya más de lo que (nos) dio: algo de amparo, libertades intermitentes y ciertos derechos conquistados, pero sobre todo precariedad extrema e injusticias atroces que conviven a la perfección con izquierdas mediáticas y parlamentarias, derechas vernáculas y trasnochadas, agronegocios, megaminería y zonas de sacrificio, segregación socio-espacial, empobrecimiento acérrimo y racismo estructural, violencia narco, inseguridad de la existencia y gatillo fácil, cultura enajenada, adultocentrismo y consumo del despilfarro, populismos tenues y discursos almidonados, neofascismos 2.0 e intrépidos contorsionistas de la pequeña política, que por cierto siempre han sabido caer parados como los gatos. En un mismo lodo todos manoseados.

Esta democracia en sus 40 años de edad tampoco dio de comer ni de amar, no curó sino tan solo algunas miserias, e hizo proliferar enfermedades por doquier. Educó en el conformismo, aplacó las broncas y tornó más dócil a las clases populares, menos subversiva e inquieta su actitud, más previsible y paciente su intencionalidad transformadora. Constriñó la imaginación política a niveles inusitados, resintió potencias plebeyas y comunitarias, amputó miembros vitales e inhibió rupturas radicales. Descolectivizó tramas de convivencialidad e inoculó neoliberalismo en nuestras psiquis y cuerpos, en los deseos, aspiraciones y labores de quienes habitamos estas (y otras) tierras sumidas en el desamparo.

Parecería una terrible paradoja que, amén estos y otros rasgos negativos e invariantes, estemos ante una celebración casi unánime de sus cuatro décadas en territorio argentino. Más aún si adicionamos a este inventario el inédito -aunque esperable- triunfo en las urnas del tándem Javier Milei-Victoria Villarruel, caso único y sin antecedentes en el mundo. ¿Son acaso ambos una amenaza para esta democracia, o más bien deberían leerse como hijos bastardos de su desvariado y errante trajinar?

Decimos esta democracia con el objetivo de explicitar una distinción que involucra, a la vez, sendos desafíos para las organizaciones de izquierda y los movimientos populares que aspiran a revolucionarlo todo. Por un lado, porque no creemos que esté en crisis LA democracia a secas. El irrefrenable ascenso de La Libertad Avanza -y el retorno del macrismo- al gobierno, es la culminación de una larga y tortuosa agonía, el réquiem a una *forma específica* de democracia a la que hay que llamar por su(s) apellido(s): liberal-burguesa, racializada y pulcra, de clase, delegacionista, hegemónica, heterocispatriarcal, ecocida y falsamente igualitaria. Pero también decimos esta porque es la que, por desgracia, resignación o habitus, tenemos más a mano y hemos internalizado como propia hasta el punto de sentirla “nuestra”. Es esta, no aquella, debido a que resulta algo próximo, familiar y cercano, prácticamente la única modalidad desde la que asumir y resolver la gestión de los asuntos comunes que existe en nuestro horizonte de visibilidad, un monopolio cognitivo y del quehacer político que opera como axioma al momento de habitar el mundo y ejercitar la toma de decisiones.

La terrible coyuntura de crisis orgánica por la que transitamos nos plantea un doble desafío, que tiene como columna vertebral a la lucha y al antagonismo: revitalizar y (re)construir desde abajo otra democracia, en paralelo a que tomamos distancia y dejamos de pertenecer(le) a esta democracia. Y es que tal como afirma Miguel Mazzeo en las páginas de este libro escrito en pleno instante de

peligro, “la democracia se trampea a sí misma sin cesar”, vulnera una y otra vez sus propios principios, disloca forma y contenido, enemista la Polis y lo Común, escinde economía y política, ofreciéndonos igualdad ciudadana en el cielo estatal, a condición de omitir y enmascarar la profunda desigualdad y asimetría que existe en el plano material y (re)productivo. Ojo: ello no ocurre por mala leche. Más bien lo que hay es mala *praxis*. No podría no haberla.

Este desencuentro -una “ficción verdadera” o “mentira objetiva”, como lo es el fetichismo mercantil- está en el ADN de la democracia que nos parió, y en un plano más general en el de la que emergió y se consolidó al calor de la configuración de este sistema-mundo capitalista, colonial y de género. Sabemos -aunque sea parte de lo “reprimido”- que las democracias occidentales se asentaron en genocidios, desarraigos, masacres, exclusiones y despojos de lo más variados. Asimismo, es conocido el carácter acotado y violento de aquella lejana y primigenia “democracia” forjada en Grecia, donde una ínfima minoría de propietarios decidía los destinos del conjunto de la sociedad, a espaldas y en detrimento de la población esclava (que era mayoritaria), de las mujeres y de quienes se consideraban “extranjeros/as”.

Si hoy existen ciertas libertades y derechos fundamentales, ellos han sido producto de la ardua e insistente lucha del movimiento obrero y de las clases subalternas, nunca una dádiva de las élites dominantes. Esos “bocados de democracia”, al decir de Rosa Luxemburgo, fueron adquiridos “no *por* la burguesía, sino *contra ella*”, por lo que sería ingenuo pensar que estos avances parciales, en tanto y cuanto se acumulen y sedimenten a través de un proceso gradual e indoloro en el Estado capitalista, darían lugar a un cambio cualitativo del sistema, una especie de superación de sus desigualdades, jerarquías y lógicas de poder estructural mutuamente imbricadas -entre ellas la explotación de clase-, sin necesidad de ruptura alguna ni de confrontación contra las minorías privilegiadas y una institucionalidad estatal que dista de ser neutra.

Esto es precisamente lo que ocurrió en la década del '70 en Argentina (y también, con sus particularidades, en otros territorios de Nuestra América y el sur global). El terrorismo de Estado y la violencia paramilitar tuvo por propósito desarticular todo proyecto revolucionario y rupturista, quebrar y trastocar una correlación de fuerzas que hacía peligrar la dominación burguesa, derrotar y aniquilar integralmente a los “enemigos” de las clases dominantes y el imperialismo, instaurando el disciplinamiento generalizado y la atomización en las entrañas mismas de la sociedad, sumiéndola en un miedo paralizante y ensordecedor que logró oficial de punto de no retorno. Por eso lo que emerge en diciembre de 1983 es *una democracia de la derrota*, que como nos recordó León Rozitchner en más de una ocasión, se asentó en un genocidio previo, un terror forcluido del cual venimos y que le antecedió, que aún hoy la delimita. Así, la democracia terminó siendo aceptada como tregua o paréntesis apaciguador, “una apariencia consoladora de nuestro fracaso y de nuestras desventuras”.

Este pequeño y gran libro reconstruye en detalle las condiciones de producción que hicieron posible el “pacto democrático” de diciembre de 1983. Atendiendo a quiénes fueron los artífices y vencedores de aquella guerra contrainsurgente acometida durante los años de dictadura cívico-militar-eclesiástica, da cuenta además del proceso refundacional que implicó este ejercicio del terror sobre un pueblo devastado, al que se le expropió toda su potencia y capacidad subversiva. El desarme fue por cierto militar, pero sobre todo teórico-político y de índole subjetivo. La culpa y tristeza colectiva abonaron a un sentido común orientado hacia el conformismo, la pereza y la enajenación. Sin solución de continuidad, se transitó de la utopía revolucionaria a la “democracia” de un capitalismo pacificado y neoliberal. La preeminencia de *la política* (electoral, desanclada e institucionalista) fue simétrica al declive y la deslegitimación de *lo político* en tanto apuesta insurgente y en favor del autogobierno popular.

Si bien existieron destellos y conatos que revitalizaron esa otra democracia (entre ellos, aquel cifrado en la coyuntura de diciembre de 2001), como bien nos recuerda Miguel, buena parte de las izquierdas -y por supuesto, los progresismos de toda laya- se plegaron al consenso de un régimen meramente procedimental y rutinario, en el que el sumun del ejercicio de la democracia equivale a esconderse de forma anónima e individual en un cuarto oscuro, cada dos o cuatro años, para decidir quién decidirá por nosotros. Mientras tanto, el capital vota todos los días, sin necesidad de hacer campaña pública, reclutar fiscales de mesa ni agitar boleta alguna. Sin duda el vernos obligades a optar por lo que el sistema nos impone como supuestas variantes, en el marco de reglas de juego liberal-representativas que escamotean los núcleos fundantes de esta sociedad opresiva, ha reforzado la desafección política y el indiferentismo de las clases subalternas. “Gane quien gane, siempre pierde el pueblo”, parece ser el apotegma más certero que sintetiza esta situación recurrente.

No obstante, el balance que nos ofrece Mazzeo evita caer en el derrotismo inmovilizador. La suya es una prosa cálida, aunque sin concesiones, que no esquiva la autocrítica generacional y militante, en tanto intelectual orgánico y lenguaraz senti-pensante de la nueva izquierda. Por ello mismo, dista de ser frío y complaciente. No claudica ante conmemoraciones insípidas que rascan donde no pica. Rememora luchas y contragolpes, anuda hipótesis aguafiestas e incita a una sesuda reflexión enraizada con el poder popular, para concluir que no basta con pisar el césped y, menos aún, contentarse con malmenorismos silvestres. Es hora de (volver a) patear el tablero e incendiar la pradera.

Sin renegar del pesimismo de la inteligencia, este libro nos aporta esas imprescindibles llamas de rebeldía que alumbran esperanzas y cocinan a fuego lento ideas insumisas, sentimientos plebeyos y acciones a contracorriente, tan necesarios y urgentes en

*“Democracia” contra Democracia*

estos tiempos de desorientación estratégica y pérdida de brújulas. Será cuestión de animarnos a ensayar aquí y ahora una democracia *de otra clase*, que sitúe a la vida misma como punto de partida y centro de gravedad de su andar colectivo. Al fin y al cabo, como dice un poeta, *lo político* más que una práctica es una intensidad propia de toda práctica.

*Hernán Ouviaña, Valentín Alsina, diciembre de 2023*

## Nota del autor

Presentamos una escritura intempestiva, un breve ensayo producido en tiempos perturbadores. Ofrecemos un texto más interesado en promover un debate aquí y ahora que en componer una pieza de teoría política; un texto urgente y, seguramente, algo disminuido en materia de prolijidad y minuciosidad; un texto con tonos que nos acercan más a lo profético que a lo predictivo. ¿Una reflexión desesperada? En esta época, la desesperación parece ser la predisposición sentimental y actitudinal que más nos aproxima a la responsabilidad.

La efeméride que invita al balance cobra sentido, no tanto por el fetichismo de la cifra redonda como por un contexto histórico increíblemente propicio para pensar y repensar la democracia argentina: la realmente existente, la posible, la deseada, la necesaria. Nos referimos a la crisis de la democracia (liberal) a escala global, a la categórica evidencia de la subordinación del poder político al capital financiero, con el consiguiente achicamiento del “campo de autonomía” de la política.

Ante nosotras, nosotros y nosotres el capitalismo devorándose a la democracia (liberal) y eructándonos en la cara. Por cierto, no es la primera vez que esto ocurre en la historia. La diferencia es que ahora proliferan los signos de irreversibilidad. La diferencia es que ahora la incompatibilidad entre el capitalismo y el “Estado racional” (o sea: la mismísima democracia, según establece una definición clásica) se torna inequívoca.

Como se podrá apreciar en las páginas que siguen, la perspectiva generacional del balance resultó inevitable, impudicamente se nos cuela en la entrelinea. Tal vez las razones biológicas básicas – los años que arrecian crueles – nos impusieron esa perspectiva que, por sí misma, carece de todo rigor heurístico y no está destinada a llenar ninguna ausencia de valores.

Por ultimo, corresponde hacer una aclaración: una porción mínima de este ensayo, con un título similar, se puede hallar en: AA.VV., *1983-1923. Cartografía de una democracia de la derrota*, publicado en Buenos Aires, por Ediciones Herramienta y ContrahegemoníaWeb, en 2023.





## Tiempos perturbadores, balances magros

El 10 de diciembre de 2023 se cumplirán cuarenta años de régimen político democrático ininterrumpido en Argentina. Algo excepcional en nuestra historia (que, por cierto, pocas veces supo ser “nuestra historicidad”). El período, no exento de cimbronazos más o menos fuertes y de recurrentes episodios del matadero vernáculo, es el más extenso en materia de regularidad institucional. Consideramos que la estabilidad posterior a diciembre de 1983, al igual que inestabilidad previa, difícilmente puedan ser abarcadas desde enfoques centrados en la insuficiencia o abundancia de “educación cívica”, en la adquisición o pérdida de alguna “cultura democrática”, en el “realismo institucional”. Tampoco –sospechamos– nos permitirán ir al fondo de la cuestión las explicaciones alumbradas por las siete condiciones de la *poliarquía* de Robert Dahl, o aquellas inspiradas en categorías absolutas e ilusorias tales como neodecisionismo, entre otras. Las interpretaciones que apelan a fundamentos procidementales, condenadas a desacoplar la democracia de los procesos constitutivos de la sociedad, están en crisis.

Esos enfoques no aclaran por qué y cómo esa estabilidad fue erigida en valor abstracto y registro simbólico que caló hondo en la subjetividad de una porción importante de la sociedad argentina. Tampoco identifican a los grupos y sectores sociales favorecidos o perjudicados por ella. Dan por sentadas unas consecuencias tan benéficas como homogéneas. Asimismo, no explican cómo, en la Argentina de la posdictadura, la conciencia burguesa reconstruyó su capacidad de autointerpretarse como “opinión del público”. Mucho menos esclarecen por qué, hoy, están en crisis los fundamentos que sostuvieron el andamiaje de ese régimen político durante tanto tiempo. Se trata de enfoques mistificadores centrados en lo que Antonio Gramsci llamaba la “pequeña política”. En síntesis: esos enfoques no dan cuenta del doble carácter de la democracia.

No toman en cuenta el proyecto radical con su concepto implícito (gobierno del pueblo) contenido por el proyecto (el “abyecto”) que encubre la dictadura orgánica del mercado con su concepto convencional y unilateral de democracia (libertades y garantías).

El lugar común identifica momentos en los que la democracia que despuntó en diciembre de 1983 para extenderse hasta nuestros días estuvo “en peligro”. Pero, en realidad, la democracia como “código normalizado” y como “hecho electoral”, la democracia confundida con “la República”, la democracia como construcción simbólica producida por las clases dominantes, la “ilusión democrática”, la ilusión de armonía impuesta desde el poder, pocas veces peligró. Y los cuestionamientos principales no provinieron, precisamente, de las “amenazas totalitarias y autocráticas” sino de los procesos instituyentes de “lo político”; de la política hecha desde posiciones plebeyas, desatenta a los moldes impuestos por la mezquindad del artículo 22 de la Constitución Nacional,<sup>1</sup> y con fundamentos que remitían a antagonismos sustantivos, a momentos de autoafirmación colectiva y a una “beligerancia bárbara”.

Por ejemplo: ¿se puede afirmar que los alzamientos de los militares “carapintadas” de 1987 y 1990 y que las movilizaciones de las patronales agrarias de 2008 cuestionaron ese código normalizado o, por el contrario, aunque tensándolo al máximo o ensayando interpretaciones oblicuas, se mantuvieron en sus términos? ¿No será que ese código es compatible con las actitudes destituyentes de los sectores dominantes y los grupos más retrógrados del país? El verdadero problema, en realidad, fue y es la normalidad; el carácter impenetrable de esa normalidad. Ese *continuum* nos parece más significativo. ¿El avance de la ultraderecha implica una continuidad o una ruptura respecto de ese código normalizado? ¿Este avance

---

<sup>1</sup> Dice el Artículo 22 de la Constitución de la Nación Argentina: “El pueblo no delibera ni gobierna, sino por medio de sus representantes y autoridades creadas por esta Constitución. Toda fuerza armada o reunión de personas que se atribuya los derechos del pueblo y peticiones a nombre de éste, comete delito de sedición”.

nos plantea el fin del ciclo inaugurado en diciembre de 1983 y el inicio de un nuevo ciclo histórico? ¿Acaso es descabellado pensar este avance como corolario de las raíces reaccionarias y descolectivizantes del ciclo inaugurado en diciembre de 1983?

Cabe aclarar que esa construcción simbólica no es rígida, por el contrario, es muy dinámica, porque es el saldo de una situación de la lucha de clases y expresa una determinada correlación de fuerzas. Las clases subalternas y oprimidas, de manera conciente o inconsciente, nunca dejan de intervenir en las construcciones ideológicas (y en los mecanismos ideológicos) de las clases dominantes que reproducen las relaciones sociales. Pues bien, las modificaciones de algunos aspectos de esa construcción simbólica están atadas a la ofensiva del capital y de las clases dominantes, así como a las capacidades de las clases subalternas y oprimidas para resistirla y/o revertirla.

En este sucinto ensayo intentamos un balance general de estos cuarenta años consecutivos de régimen político democrático en Argentina, pero aspiramos a corcernos de la superficie de los acontecimientos, de los significados formales, de las apariencias y de las categorías de pensamiento (y las disposiciones) hegemónicas. Pretendemos evitar la hipocresía burguesa, los discursos conformistas promedio, las lecciones instructivas, la insustancialidad de buena parte de las hipótesis periodísticas, las abrumadoras letanías celebratorias y el denominado pensamiento débil (¿cabe llamarlo pensamiento?).

No tenemos dudas respecto de la especificidad de “lo político”, algo que Karl Marx dejó bien sentado en el *XVIII brumario de Luís Bonaparte* y que, sin lugar para las vacilaciones, incita a la apertura del campo de las determinaciones. Pero, en la actualidad, el gran déficit para pensar lo político (y la política) se relaciona, principalmente, con las dimensiones materiales. Nuestro propósito, entonces, es rehabilitar las prerrogativas de la materialidad y pensar lo

real existente por fuera de la razón modelada por el capital. Pensar esta democracia sin desmembrarla, sin escindirla de su sustancia capitalista.

Es necesario hacerse cargo de lo poco democrática o, directamente, de lo antidemocrática que resulta esta democracia: repleta de regiones equívocas y falaces. Es conveniente reconocer las constricciones de la legalidad vigente para resolver los problemas de unas sociedades cada vez más complejas. ¿Acaso estas imposibilidades objetivas, junto a las frustraciones que generan en las clases subalternas y oprimidas, no constituyen un fermento del odio como ideología justificatoria de los intereses de las clases dominantes? Hay que asumir que esta democracia se acerca cada vez más al sótano de la democracia.

Ante la exigencia de repensar lo político, no queremos eludir las definiciones que pueden resultar incómodas para las “almas bellas”. Aspiramos a la condición de la *parresía*, mencionada por San Pablo en sus epístolas: hablar con libertad, exponer sin reticencias nuestros fundamentos; pensar con radicalidad, sin morigerar la carga inherente a un mensaje emancipador. Queremos aproximarnos a algún aspecto que merezca ser calificado como esencial o relevante. A la hora de pensar la democracia (y la política en general) y de explicitar los sentidos de la democracia, resulta imprescindible dar cuenta de los medios de sometimiento desplegados por las clases dominantes, de las estructuras alienadas del mundo social, de la materialidad de la producción y la reproducción de la vida, de la interconexión mutua entre las personas (pero) que se les presenta como ajena. En este tiempo no se puede soslayar el orden dogmático de la mercancía, las tendencias de los imaginarios colectivos a homogeneizar en la servidumbre, la represión de las clases subalternas y oprimidas que deviene auto-represión. Se trata, sencillamente, de advertir sobre la complementariedad de los diversos fetichismos: de la mercancía, de la democracia, del derecho.

Es indiscutible que, para las clases subalternas y oprimidas, la forma democrática de dominación (de las clases dominantes, de la burguesía) siempre ofrecerá más fisuras, más resguardos para algunos derechos laborales y sociales y más posibilidades de llevar hasta sus límites el orden de libertades y garantías que las formas abiertamente autoritarias y dictatoriales. Es cierto también que no escasean las opiniones que juzgan “excesiva” a esa forma y promueven diversas vías para moderarla aún más y garantizar así la expansión, la protección y la santificación constante de las formas antisociales de disponer de la propiedad privada.<sup>2</sup> A eso, precisamente, las posturas ultraliberales (que en Argentina suelen ser conservadoras y neofascistas) le llaman libertad: la libertad antisocial, la libertad no civil, la libertad sin comunidad y destructora de comunidad, la no libertad que se apodera de nuestra libertad.

Nosotras, nosotros y nosotres, a partir del reconocimiento de la tiranía del capital y en función de un proyecto radicalmente democrático, estamos obligadas y obligados a trascender la dicotomía (que se nos presenta como la única opción) entre legalidad burguesa e ilegalidad burguesa. Sabemos de las aberraciones de la ilegalidad burguesa, pero, con el capital convertido en valor absoluto: ¿qué márgenes le quedan a la legalidad burguesa?

Incluso reconociendo los baches (y algunas inconsecuencias) del pensamiento crítico latinoamericano en lo que se refiere específicamente al pensamiento político, ratificamos el marco de sus coordenadas generales como antídoto contra la alienación y el fetichismo. Finalmente, solo el pensamiento crítico adopta el compromiso de adosar a las explicaciones de la realidad los medios para transformarla. Solo el pensamiento crítico propone una “teoría implicada” y se erige en el complemento ideal de las intervenciones contrahegemónicas.

---

<sup>2</sup> En *El Malestar en la Cultura*, Sigmund Freud decía que la propiedad privada era un instrumento principal de la agresividad humana. A partir de esa afirmación, León Rozitchner sostendrá que “lo que está en juego en toda propiedad humana es la apropiación del otro”. Véase: Rozitchner, León: “La putrefacción del espíritu absoluto”. En: Revista *El ojo mocho*, N° 18/19, Buenos Aires, primavera/verano de 2004.

Preferimos soslayar las teorías, en apariencia sofisticadas y densas, que naturalizan y enmascaran los fundamentos de las relaciones sociales y políticas en el marco del capitalismo y empobrecen considerablemente la reflexión. No queremos ser fagocitadas y fagocitados, neutralizadas y neutralizados por los artefactos intelectuales del capital. No queremos pensar con las perspectivas epistémicas de los opresores. Por lo tanto, debemos deshabitar lo dado y trascender el *habitus*. No nos queda otra alternativa que escribir fangoso. Escribir textos que manchen nuestras manos. Escribir incivilmente. Nada aportarían estas páginas si salimos ilesas e ilesos de su escritura o de su lectura.

Si vamos de adelante para atrás, como sugieren los mejores procedimientos para la comprensión histórica, el balance no puede sustraerse a un presente signado por la frustración y la perplejidad, en especial para las clases subalternas y oprimidas. Habitamos entornos de catástrofe social dominados por subjetividades depresivas. Cunde el desánimo y la melancolía. Advertimos una yerma desolación. Estamos inmersos en una crisis de una magnitud inédita que abarca múltiples planos: económicos, sociales, políticos, culturales, ambientales, axiológicos. Impregnadas e impregnados, en diversos grados, por el nihilismo contemporáneo, incapaces (por ahora) de refundar un humanismo crítico-práctico y un pensamiento del cambio social, deambulamos sin referencias, sin proyectos, sin esperanzas, sin ilusiones. El malestar social se ha tornado endémico y epidérmico. En fin, la expresión “crisis civilizatoria” no exagera ni un ápice. Podemos atisbar el desfiladero.

En Argentina (en otros sitios del planeta es exactamente igual) vivimos tiempos perturbadores: cuarenta años de democracia y más de cuarenta por ciento de pobreza. Seis de cada diez niños, niñas y niñes, apenas sobreviven por debajo de la línea de pobreza. El ciclo que se inició con las 800.000 cajas del Plan Alimentario Nacional (PAN), casi cuarenta años más tarde trepó a los casi 9.000.000 de

receptoras y receptores del Ingreso Familiar de Emergencia (IFE). El abismo social, va de suyo, no ha parado de crecer y, prácticamente, se ha tornado infranqueable. Se extienden las identificaciones políticas en torno a la desposesión: sin tierra, sin techo, sin trabajo, sin derechos, sin comida, sin... Lacera la distancia entre la igualdad formal y la desigualdad real. Crece sin cesar la sobreexplotación: el capital que incluye en el excedente del cual se apropia a los medios necesarios para la reproducción de la vida de las trabajadoras y los trabajadores. Las y los pobres sometidas y sometidos una “dieta regular de guerra de clase”<sup>3</sup>: arroz, fideos, polenta. El hambre que al expandirse hace descender la moralidad pública. Una sucesión de gobiernos “democráticos” incompetentes para garantizar las condiciones materiales básicas y duraderas para la ciudadanía. Una sociedad partida en dos, con cada mitad repleta de fragmentos incomunicados, con buena parte de la mitad “incluida” (o que se “autopercibe” incluida) insensible o abiertamente cruel e impiadosa frente a los padecimientos de la otra mitad, la de abajo, subalimentada, condenada a una ciudadanía de segunda, avasallada, humillada, confundida, inhibida para producir respuestas unitarias, incapaz (por ahora) de toda proyección hegemónica (contrahegemónica). Una sociedad de “desemejantes”, según ha sido conceptuada.<sup>4</sup> ¿Cómo designar, entonces, a la estructura política que permite todo esto y que legitima tantas opresiones? ¿Es posible encontrar una palabra que la nombre positivamente? ¿Acaso, a esta altura, alguien puede dudar de las consecuencias políticas de la desigualdad, de sus efectos sobre la legitimidad de los sistemas institucionales?

---

3 El concepto pertenece al historiador inglés Edward P. Thompson, y se refiere a una circunstancia del siglo XVIII inglés, en la que una parte de la clase trabajadora fue sometida por la burguesía a una dieta a base de papas (más barata) como alternativa a una dieta a base de maíz (más cara). Se trató, ni más ni menos, que del capital impulsando la subalimentación masiva como estrategia de abaratamiento de la fuerza de trabajo. No sería esa la única vez.

4 Robert Castel hablaba de una “sociedad de semejantes”. Tomaba la expresión de un autor francés, León Bourgeois, quien definía a la democracia de ese modo. Véase: Castel, Robert: “La protección social en una sociedad de semejantes”. En: <https://doi.org/10.18046/recs.11.400>.

La confianza kantiana en el Estado de Derecho como fundamento para la realización política de la razón por medio del obrar moral: curarse, educarse y comer, por ejemplo, fue puesta en tela de juicio reiteradamente durante los últimos cuarenta años. Las circunstancias tendieron a ser más propicias para la desconfianza hegeliana respecto de las bondades abstractas del Estado de Derecho. La realidad de una sociedad civil que, con su exceso de riqueza, no evitó el exceso de pobreza –y la consiguiente consolidación de la estirpe de los “impíos” – conspiró contra todo ideal de realización política de la razón por intermedio del Estado de derecho a través del obrar moral.

El balance está obligado a resaltar el peso agobiante de las restricciones institucionales a la ciudadanía. Las instituciones son cada vez más inquisiciones e instrumentaciones, valga el juego fónico. Colonizadas por el poder económico-mediático, profundamente ancladas en las relaciones de mercado; centralizadas, burocratizadas y mistificadas; indiferentes acerca de la “felicidad general” y desentendidas de toda “virtud política”, de todo concepto de “justicia”, para muchas instituciones argentinas solo queda la degradación permanente como destino. Se están tornando inviables. Ya ni siquiera están en condiciones de respetar la normalidad y la legalidad que pregonan. No hay reparos ni cuidados por las consecuencias jurídicas. Ya no ocultan las desigualdades generadas por las relaciones de producción capitalistas: ahora alientan las valoraciones asimétricas. Parecen haber perdido toda capacidad de “intervención compensatoria” para contrarrestar los fuertes desequilibrios en la distribución del poder en la sociedad capitalista. Conspiran contra su razón de ser: la función articuladora con el capital. De este modo, se descontrolan fácilmente y se propagan las perversiones clasistas inherentes al derecho burgués, que ya no logra ocultar la realidad de la explotación tras la máscara de la igualdad jurídica y de los valores extraeconómicos. ¿Estaremos *ad*

portas de una época histórica en la que el sistema (el capital global) ya no requiere de máscaras? El Estado de derecho se deprecia, cada vez más se acerca al estado de excepción, pero en una extraña versión: unilateral, sin crisis orgánica. En su célebre distopía *Un mundo feliz*, Aldous L. Huxley vaticinó que la dictadura perfecta tendría la apariencia de una democracia. El escenario se torna hobbesiano, pero con un detalle no menor: “la lucha de todos contra todos” está signada por una inédita disparidad.<sup>5</sup>

Por otra parte, la democracia como principio dilecto de la “civilización occidental” se trampa a sí misma sin cesar. Y, como decía Aimé Césaire en su *Discurso sobre el colonialismo*, “una civilización que le hace trampa a sus principios es una civilización moribunda”. ¿Podremos evitar que nos arrastre el torbellino de su debacle?

La rebaja de la democracia realmente existente, sus incapacidades para contrarrestar lo monstruoso junto a ciertas destrezas para producirlo pueden verse, también, como uno de los efectos políticos derivados de una realidad signada por aquella paradoja formulada por James Maitland Lauderdale en 1804, que sostenía que el incremento de la “riqueza privada” se lograba mediante un estrangulamiento de la “riqueza pública”.

En su *Investigación sobre la naturaleza y el origen de la riqueza pública*, el Conde escocés, simpatizante de la Revolución Francesa y amigo de Jean-Paul Marat, planteaba una correlación inversa entre propiedad privada y propiedad pública (y espacio público, bienes públicos, economía pública). Y aunque lo público no es lo mismo que “lo común”, no caben dudas de que el incremento de la primera (que no es otra cosa que la apropiación de la riqueza y de los bienes comunes y la concentración de la propiedad por

---

<sup>5</sup> Entonces, esta lucha de todos contra todos, no solo remite al conflicto horizontal sino también al conflicto vertical. El carácter vertical del conflicto y la disparidad que le es inherente, de algún modo, contienen el germen de la superación de la visión pesimista respecto de la naturaleza humana porque abre la puerta para la lucha de clases, y la agencia histórica y la cooperación entre las clases subalternas y oprimidas.

parte del capital) reduce la segunda, la desvaloriza y la torna cada vez más frágil. La lógica del valor que se impone al Común torna institucionalmente inviable la aplicación del principio de redistribución y conspira contra la defensa y la producción de lo común, hace de lo público un ámbito de reconocimiento de lo privado, pero no de lo común. Cuando se angosta el espacio para las decisiones comunes sobre la vida colectiva, se ensancha el espacio para la acumulación y la jerarquía, para la composición permanente de lo privado y para las decisiones de unos pocos que están desvinculados de la vida colectiva. Así, la *Polis*, difícilmente, pueda producir y reproducir ciudadanas y ciudadanos. La *Polis* y las megaempresas son incompatibles. La *Polis* y el dominio absoluto de ley del valor capitalista son irreconciliables. Para el capital la *Polis* es, cada vez más, un “excedente improductivo”.

El balance tampoco puede obviar una coyuntura de crisis de las mediaciones políticas (crisis de la asociación automática entre democracia y representación), una encrucijada donde resaltan las formas ilusorias de la burocracia y las limitaciones organizativas, administrativas y éticas de la política profesionalizada que, de manera cada vez más pronunciada, asume los perfiles de un verdadero bestiario medieval, con sus figuras “intermediarias” entre el poder real y la sociedad civil cada vez más grotescas y bufas.

Estamos en medio de una crisis de legitimidad política que en su obcecada reiteración pone en evidencia una impotencia típicamente burguesa. Claro está, para resolver esta crisis no alcanza con la austeridad y la ejemplaridad dirigencial, más allá de que sean aspectos innegociables de un proyecto popular. Se necesitan intervenciones que contrarresten el avance de los procesos de individuación de la sociedad y que generen las condiciones para el protagonismo popular.

Hoy se torna difícil encontrar adjetivos que exalten a la demo-

cracia realmente existente. No nos referimos a los suplementos destinados a cubrir sus baches y dotarla de algún sentido más o menos preciso y coyuntural. El gran interrogante es: ¿puede esta democracia proyectarse hacia nuevas posibilidades? Proliferan los formulismos vacíos e impostados: la lengua de la burocracia. Este es un momento, uno más en el transcurso de los últimos cuarenta años, de expansión de la adjetivación fuerte y negativa en relación a la democracia: procedimental, empírica, boba, de baja intensidad, tutelada, de audiencias, descolorida, qualunquista, insípida, precaria, irrelevante, abatida, ambivalente, ficcional, falaz, manipuladora, excluyente, mutilada, restringida, proscriptiva, gestual, acosada, denegada, magra, manca, tuerta, hueca, desanclada, sufriente, impotente, resignada, fallida, superficial, líquida, sojera, transgénica, tóxica, endeudada, etc. Cabe señalar que las definiciones en apariencia más neutrales tales como democracia consensual o democracia electoral, no remiten a sentidos positivos.

Al mismo tiempo, una ola reaccionaria, en buena medida montada en las propias inconsistencias de la democracia realmente existente, aboga por los sistemas políticos mas funcionales a la impiedad de las clases dominantes en la era del capital financiero o, en una perspectiva de corto plazo, del neofeudalismo.

Finalmente, en materia de envilecimiento de la democracia, se viene produciendo un conjunto de fenómenos sintomáticos. No se puede soslayar el paradójico “giro autoritario de las democracias”, la compatibilidad entre “democracia” y autoritarismo, entre “democracia” y discursos que exaltan la opresión, entre “democracia” y formas neoesclavistas, al modo de la antigua Grecia. Por cierto, nada de esto es nuevo. Basta con recordar que las “democracias occidentales” (“democracias capitalistas”) cargan con las peores taras colonialistas, imperialistas, extractivistas, racistas, patriarcales y belicistas. Ellas fueron y son la principal amenaza para la supervivencia de la especie humana y del planeta. Solo que ahora

parecen empeñadas en ir a fondo en esas connivencias, sin siquiera guardar las antiguas formas que buscaban disimular la tiranía inherente al capital. Han hecho a un lado la propecta invocación a unas “formas abiertas de sociedad” que, según Karl Popper, caracterizan a una “sociedad democrática”.

En Argentina, el giro autoritario está acompañado por las adhesiones que concitan las voces, los programas y las ampulósidades que se fundan en una síntesis de todas las tradiciones reaccionarias, cada vez más revitalizadas por el fascismo societal promedio, el social-darwinismo, el supremacismo blanco y heteropatriarcal, el tecno-fetichismo, el punitivismo, la consumocracia, la vecinocracia y los estilos *border* y *freak* o abiertamente mesiánicos.

Traficantes de sellos de goma, *tiktokers* neofascistas y *youtoubers* neonazis; personas que se acercan a la política en una clave suministrada por las pseudociencias, el esoterismo o el misticismo enajenado; admiradoras y admiradores de torturadores y genocidas; defensoras y defensores del mercado total y otras distopías; detractoras y detractores de la justicia social, la piedad y las diversas culturas solidarias; anticomunistas sin amenaza comunista; reaccionarios sin multitudes autodeterminadas; “gente común” que cree en Dios, la familia y los castigos ejemplares, gente que ama al poder opresor; destituyentes funcionales, terraplanistas, entre otras especies, vienen ganando terreno a un ritmo vertiginoso. Sus representaciones consolidan posiciones en el imaginario social. Y cualquier estudiante corriente de semiología (o de cualquier otra disciplina emparentada) sabe que lo que empieza como representación puede terminar como identificación y participación. La historia argentina del último siglo se presenta como una periódica reiteración (y una reactualización) obcecada de personajes arltianos.<sup>6</sup>

Esas voces y programas expresan un proyecto que, frente a la crisis

---

<sup>6</sup> Para Mariano Pacheco, una característica del mundo de Roberto Arlt, es la “imposibilidad de contacto entre humillados”. Véase: Pacheco, Mariano, *La democracia en cuestión: la larga marcha hacia la emancipación*, Buenos Aires, mimeo, 2023, p. 18.

sistémica del capital, se aferra a las tendencias más destructivas y las agita. Un proyecto que redobla la apuesta y no escatima aberraciones, que busca profundizar el proceso de degradación del trabajo en general y del trabajo reproductivo en particular.

Esas voces y programas buscan legitimar la coerción mercantil, pero van más lejos aún: pretenden abolir la sociedad e instalar la jungla en su reemplazo. Por eso no pueden prescindir de una “canasta de discursos opresivos” ni de la exaltación de las lógicas verticales, autoritarias y represivas. Se multiplican los ejercicios de retórica disciplinaria y los comportamientos simbólicos que sugieren que el estado natural de la sociedad es la jerarquía. Se reactivan las visiones de la sociedad inspiradas en ciertos recortes biológicos.

Esas voces y programas evidencian el odio y el temor concretos que emanan de las relaciones sociales características del capitalismo actual, cada vez más eficaz en la producción, a gran escala y serializada, de diversas categorías de sociópatas y perversos. Se trata de relaciones de explotación, de dominio, de dependencia. Relaciones que destruyen los paisajes humanos, que fragilizan la cartografía de la vida (y la convierten en suceso estadístico) o que, directamente, reemplazan unos modos de convivir por otros de conmorir. El fascismo, la ultraderecha, son conformaciones culturales y, por ende, producto de las relaciones sociales.

Se multiplican las aberraciones de la entropía burguesa: tolerar lo intolerable e incluso deseárselo. Junto a la imposición del individuo como principal referente social (en rigor de verdad: de una imagen tergiversada del individuo; porque no da cuenta de su carácter mutilado, incompleto), crece la afluencia de seres humanos despojados del sentido de la justicia, convertidos en bestias. Seres humanos devastados y rotos que se autoinfligen daños. El capitalismo tardío es el canibalismo tardío. Estas aberraciones encuentran sus expresiones en el plano de la política. La violencia de arriba, estatal, corporativa, es constitutiva de estas relaciones.

Esas voces y programas celebran la eficacia de la ley del va-

lor capitalista para producir lazos sociales corrompidos, para engendrar “estructuralmente” los “sujetos” para el “objeto”. Sujetos insensibilizados, previsibles en su aislamiento y, por ende, fáciles de controlar y manipular. Las clases dominantes se apoyan en la dislocación de las relaciones sociales que ellas mismas generan y que los gobiernos dizque populares o progresistas no han logrado contrarrestar.

En algún sentido, los discursos de odio, incluyendo al negacionismo<sup>7</sup> argentino, “blanquean” esas relaciones que ya no pueden (¿ni necesitan?) ser encubiertas por los discursos liberales convencionales. Las clases dominantes ya no tienen tapujos a la hora de confesar lo inconfesable. Lo gritan a los cuatro vientos. Se aprestan a gobernar a cara descubierta. Los discursos de odio, también, ponen en evidencia el núcleo del delirio: la libertad del capital sin autolimitación, el capital dispuesto a barrer con cualquier linde exterior, el capital operando directamente como la fuerza que cincela la política de manera unilateral. Al margen de las situaciones coyunturales, el avance de la ultraderecha y de las expresiones neofascistas y neonazis expresan mutaciones dentro del estatuto opresivo; responden a movimientos históricos orgánicos, a tendencias de largo plazo o, si se quiere, “estructurales”.

La canalización de la frustración hacia posiciones reaccionarias, el voto masivo por remedos locales del *Ku kux klan*, es algo que responde a causas muy profundas y complejas. No dan cuenta de ellas las explicaciones que reducen todo al rol de los medios de comunicación (especialmente las redes sociales), a la manipula-

---

7 El negacionismo argentino abarca un campo muy extenso. Trae consigo la articulación (y la complementariedad) de diferentes negaciones: la negación de las violaciones de los derechos humanos por parte de las dictaduras cívico-eclesiástico-militares, la negación de las diversas formas de colonialismo y racismo, la negación del colapso socio-ambiental, la negación de las violencias del heteropatriarcado, de la heteronorma y de las asignaciones de género, etc. En algunos casos también incluye los campos de concentración y las cámaras de gas de los nazis.

ción emocional, a la “industria de la felicidad”<sup>8</sup> con sus fabricas de sensaciones y a la impericia política y comunicativa de las organizaciones tradicionales de la democracia normalizada. Todas son válidas, pero insuficientes. En todo caso habrá que intentar explicar los motivos de la pérdida de terreno de la racionalidad argumentativa y los efectos de la racionalidad neoliberal –y de la *ratio* capitalista en general– sobre las clases populares. ¿Cuánto influye la escisión entre trabajo vivo y lenguaje en el devenir reaccionario de las sociedades capitalistas, ya sean centrales o periféricas? ¿Cuánto influye la precariedad del trabajo y de la vida? No atendimos “enigmas” anunciados desde hace varias décadas. En primer lugar, la cuestión de la reconfiguración histórica del proletariado: su carácter cada vez más extenso, el incremento de su diferenciación interna, etc. Luego, el problema la representación política del subproletariado (o del precariado, si se prefiere). No advertimos un dato central de la realidad que se desplegaba ante a nuestros ojos: la existencia de “masas” en situación de “disponibilidad hegemónica”. ¿Hasta qué punto la vida precaria se ha convertido en suelo propicio para la ideología reproductora de las relaciones sociales fundadas en la explotación y la opresión humana? Por supuesto, hay que dar cuenta de las constricciones de esta democracia.

No sirven las visiones iluministas, pero tampoco aportan demasiado las que tienden a inocentizar a los sujetos subalternos y oprimidos. Ambas parten de la hipótesis de la inmutabilidad de la naturaleza humana y de una idea que le resulta inherente: se puede disponer de esa naturaleza a través de ardides y tecnologías. Tampoco sirven las propuestas que, desde lugares supuestamente progresistas y hasta “revolucionarios”, buscan atajos propagandísticos acrílicos y confunden la disputa en el terreno de la comunicación, o la disputa por los modos e instrumentos de producción de subjeti-

---

8 En su libro *La industria de la felicidad*, William Davies analiza cómo el capitalismo convierte a las emociones en recursos para expandir el mercado. La “felicidad industrial”, es una parodia de felicidad, la antítesis de la felicidad como goce del bien común.

vidad, con la disputa en el terreno de la manipulación y en el campo de las artes del enmascaramiento. No se trata de ingresar en una puja de manipulaciones para sacar partido de las alienaciones de la sociedad capitalista y de sus “malas pasiones”, sino de erradicar toda manipulación y ratificar las vías del pensamiento crítico, de la racionalidad argumentativa, la seducción, la persuasión, la conciencia y la empatía. En tiempos de “posverdad” la aceptación de las lógicas “operadoras”, demagógicas y oportunistas es una tentación siempre latente.

La figura de un Steve Bannon “de izquierda”, “popular” o “progresista”, no podrá resolver nada importante. Además, tal especie es un contrasentido y una aberración. Conviene desconfiar de la supuesta neutralidad de ciertos instrumentos y de las respuestas en espejo. Los algoritmos, aun logrando que “trabajen” para nosotras, nosotros y nosotres, jamás podrán resolver los problemas de fondo de nuestras sociedades, no conjurarán la incertidumbre, aunque consigan millones de *likes*. Algo muy terrible sucede cuando una colectividad se fragmenta y ya no puede hacer la experiencia de sí misma, cuando los sujetos aislados se precipitan en la servidumbre y consienten en ser tratados como objetos, cuando la razón crítica y el entendimiento humano ceden repetidamente frente a la superstición y al miedo.

Las clases dominantes están inmersas en un proceso histórico constitutivo de una nueva subjetividad opresora, de una conciencia de clase reaccionaria, de un *ferveur de la mort* que expresa la aspiración a una manipulación irrestricta de la fuerza de trabajo productiva y reproductiva y a un recorte de los pocos reductos soberanos que aún quedan en pie. ¿Será que ya se agotaron las coartadas para articular progresismo y capitalismo? ¿Estaremos asistiendo al final de toda posibilidad de “filantropía burguesa”?





# Tragedia, farsa y verdad

## Sobre el “pacto democrático” de diciembre de 1983

Una hipótesis serpentea este pequeño ensayo. Sostenemos que la democracia inaugurada a fines de 1983 puede considerarse como el fruto de una destitución de *lo político* por parte de *la política*, de la negación del conflicto constitutivo de la historia argentina; constitutivo e irresoluble en el marco del orden económico-social y político imperante. Un conflicto que sí había sido reconocido con anterioridad y había alimentado un momento crítico. Dicho de otro modo, la democracia como un descenso de la tragedia a la farsa, más precisamente: como una tendencia a ensanchar de manera permanente los aspectos “farsescos” en desmedro de los “verdaderos”.

Cabe señalar que la pérdida de centralidad del conflicto en las formaciones subjetivas, y la peregrina idea de suprimirlo antes de que renazca y a como dé lugar: coercitivamente, biopolíticamente, químicamente, etc., remite a un proceso general que afecta, desde hace varias décadas, a todas las sociedades capitalistas dizque liberales y democráticas. No se trata de una originalidad argentina.

La idea de un “descenso” no anula la dialéctica entre tragedia y farsa, por el contrario, remite a la principal característica que, creemos, asume esa dialéctica. La farsa, lo farsesco, se vincula aquí a una impostura particular fundada en el descuartizamiento de la experiencia y en la imposición de una versión deformada (exageradamente deformada) del drama social e histórico argentino; refiere a la normalización.

Diciembre de 1983 constituye la antítesis misma de una re-fundación política popular desde abajo. Es el momento en el que la praxis de las clases dominantes (y no precisamente la de las clases subalternas y oprimidas) coaguló en una construcción simbólica

que se fue imponiendo al conjunto de la sociedad con el nombre de “democracia”. Con los años el término se fue delineando como un vocablo principal del diccionario del poder, entre otras cosas por su profundo sentido normalizador y preventivo: el “gobierno del pueblo” había sido invocado, también, para prevenir la insurrección (lo “anormal”); es decir, entrañaba una negación de la capacidad política del pueblo. Implicaba una condena más o menos solapada a todo proceso de autoafirmación popular frente a la eventualidad de que se produjeran –nuevamente– desenlaces violentos que alteraran los pronósticos de una kantiana “paz perpetua”. La linealidad de la historia (y de la historicidad) de los vencedores no se vio sustancialmente alterada en diciembre de 1983; es más, aprovechó esa coyuntura para relanzarse con bríos renovados.

Apelamos aquí a una noción de verdad siempre en devenir y alejada de toda narrativa y/o subjetividad victimista. En nuestro planteo la verdad remite a aspectos vitales y sinceros (descarnados), a la producción de efectos de verdad a través de la praxis, a un trabajo de develamiento de la realidad y de denuncia de la artificialidad. Y también a una tarea ímproba, sisífeas.

La hipótesis que sustentamos no niega los costados de “conquista popular” que posee diciembre de 1983. De ningún modo pasamos por alto la resistencia del conjunto de las organizaciones populares contra la dictadura cívico-eclesiástico-militar y el terrorismo de Estado (1976-1983), particularmente las luchas de los organismos de derechos humanos, de la clase trabajadora y de las diásporas *superstites* de las organizaciones revolucionarias de la década de 1970. Tampoco planteamos que la subjetividad descalabrada quedó absolutamente vacía. Pero nada de eso alcanza para contrarrestar la evidencia más rotunda: esa/esta democracia se asentó sobre una derrota popular de magnitudes inéditas y efectos prolongados. Se estableció sobre la Nación reorganizada por la dictadura, sobre las reglas del juego impuestas por la dictadura.

Una derrota material que se manifestó en el desmembramiento de la estructura productiva y laboral de Argentina; y una derrota política, ideológica, cultural y moral. La dictadura dañó severamente la solidaridad como relación material y subjetiva de las clases subalternas y oprimidas, devastó sus principios de identificación y unificación, llevó a cabo un proceso de despersonalización. A través del terrorismo de Estado, transformó el sistema de valores de las clases subalternas y oprimidas y les impuso otro. La derrota inculcó en el conjunto de la sociedad la idea de que las y los de abajo carecen de toda capacidad de producir órdenes sociales, en particular órdenes sociales alternativos al capitalismo y, por lo tanto, carecen de agenda política propia. Entonces, recuperar la democracia, la democracia liberal, la democracia normalizada, costó una derrota. Su precio fue la radical impotencia popular. He aquí el drama histórico de las generaciones (todas) de la posdictadura.

No corresponde exagerar los efectos de las luchas antidictatoriales y de sus microépicas, porque así se tergiversa el verdadero carácter de la democracia instaurada en diciembre de 1983. Asimismo, se desdibuja el peso de lo que Rodolfo Fogwill denominó, en un celebre artículo publicado en la revista *El Porteño*, en 1984, “la herencia cultural del Proceso”.<sup>9</sup> Lúcido y ácido, Fogwill proponía interpretar la expresión democracia (y también la expresión kafkiana de “Proceso”) como una “herencia” de la dictadura cívico-eclesiástico-militar; una herencia lingüística, ideológica y política, es decir: cultural. La derrota había acontecido también en la esfera discursiva, englobaba a un conjunto de palabras y clausuraba la lucha por el sentido de las mismas; de una especialmente: democracia. La herencia cultural del proceso no dejaba exprimir el lenguaje heredado, no permitía extraer el jugo de las palabras para reinventarlas e ir más allá de ellas. Ahora bien: ¿sin resistencias hubiese sido

---

<sup>9</sup> Véase: Fogwill, Rodolfo: “La herencia cultural del proceso”. En: Revista *El Porteño*, N° 29, Buenos Aires, mayo de 1984.

mucho peor? Por supuesto que sí. ¿Existen razones “internas” de esa derrota? ¿Pesaron las defecciones y los transformismos<sup>10</sup>? No tenemos ninguna duda al respecto.

Pero la democracia de diciembre de 1983 no solo se estableció en el solar (y en el diccionario) de la derrota; también –y el dato no es menor– en el suelo del castigo, con sus potentes efectos neutralizantes. El castigo como medio utilizado por las clases dominantes para apoderarse de la “facticidad” de las clases subalternas y oprimidas; para doblegarlas, atemorizarlas y someterlas; para quitarles la sed de verdad y entregar a cambio la ilusión; para garantizar unas relaciones asimétricas, para gozar sádicamente. El castigo a la transgresión. El castigo a la ruptura de un equilibrio. La criminalización de la revolución. La contrainsurgencia por otros medios.

Si alguna esperanza se adueñó de las calles de la República en diciembre de 1983 fue, cuanto menos, una esperanza incauta. O fue, lisa y llanamente, la confianza renovada de las clases dominantes –replicada ingenua y/o servilmente por las clases medias– e impuesta (“a manera de esperanza”) al conjunto de la sociedad civil popular.

Por otra parte, el período de cuarenta años de democracia ininterrumpida se inició con un alto grado de deterioro de la base material y de los imaginarios tributarios del capitalismo industrial (incluyendo los imaginarios críticos). Ese instante liminar de la democracia exhibía una sociedad civil popular cuyas expectativas sociales y políticas acababan de ser disciplinadas y cuyo sentido de lo indigno y lo insoportable había sido modificado. Un dato incon-

---

<sup>10</sup> Esas defecciones y transformismos “descabezaron” a las clases subalternas de una dirección intelectual y moral acorde a sus intereses históricos. Se expresaron de modos muy diversos: con intelectuales dizque gramscianos que escribieron discursos cívicos radicales o con intelectuales dizque nacional-populares que postularon hegemonías sin lucha de clases; con ex militantes revolucionarios y ex dirigentes combativos de las décadas de 1960 y 1970 aliados a grupos dominantes o, directamente, devenidos funcionarios neoliberales o neo-desarrollistas, etc. Para las clases subalternas y oprimidas, las defecciones y transformismos suelen tener efectos socio-políticos más traumáticos que el “desencuentro” entre los intelectuales y el pueblo-nación.

trastable: la sociedad argentina de 1983 era el resultado objetivo y subjetivo de la herencia dictatorial. El pueblo estaba devastado por la presencia de la muerte; su antiguo capital social, político y simbólico estaba extenuado; su potencia había sido expropiada. El terror ya habitaba las instituciones, las palabras, los cuerpos. A partir de la dictadura cívico-eclesiástico-militar, el cuerpo popular, el cuerpo colectivo, comenzó a perder sus capacidades para sostener las acometidas del deseo; quedó exhausto, debilitado, expuesto a la presencia del otro (dominante, opresor) que se le impuso de manera ininterrumpida. La democracia de diciembre de 1983 fue el terror después del terror; instauró una “razón democrática” fundada, principalmente, en las ventajas que las clases dominantes conquistaron por la fuerza durante la dictadura.

La política después de la sangre no podía retrotraerse fácilmente a los tiempos previos a la carnicería. Las clases subalternas y oprimidas, los sectores populares en general, partían de una posición endeble para recuperar grados de soberanía nacional-popular efectiva, para encarar la “reconstrucción democrática” y para modelar un proceso de “subjetivación democrática” en sentido radical: un proceso de autoeducación gubernamental y de autoconstitución de lo político.

El denominado “pacto democrático” de diciembre de 1983, vinculado a las premisas ideológicas de la reconstrucción del Estado, se basó en la “obediencia civil”, en la pasivización social (sobre la que se montaron varios discursos “armonizantes” y “consensualistas”), en el recorte de las posiciones de control de la cooperación social conquistadas por el trabajo durante décadas (y de sus espacios de aprendizaje), en la reificación de la escisión entre lo político y lo económico, en la subjetivación estatal, en el formateo de una ciudadanía funcional al mercado, en la abdicación política del *Demos*, en la introyección de los valores de las clases dominantes por parte de las clases subalternas y oprimidas con el consi-

guiente desarme ideológico de éstas. Las primeras lograron imponer al conjunto de la sociedad su lengua, su jerarquía de valores y su perspectiva organizadora del mundo: una axiomática férrea, la idea de que hay solo “una historia” posible; en fin, consolidaron un imaginario y una cultura: formas de pensar y actuar que arraigaron en la sociedad. Impusieron su historicidad. Las segundas habían perdido la confianza en sus propias fuerzas y en sus propios valores y terminaron “serializadas” y “descolectivizadas”: atrapadas en el casillero que se les asignó compulsivamente, inscriptas en un ámbito normativo que las despotenciaba políticamente y las condenaba a la ataraxia. Esto, claro está, limitó considerablemente las posibilidades de desarrollar movimientos subjetivos orientados a la refundación de la *Polis* y a la conquista de la democracia (que exigen cercenamientos a la burguesía y arrebatos al capital). Así, extensas franjas de la sociedad civil popular se tornaron materia apta para los moldeamientos hegemónicos. La modificación de la estructura caracteriológica de las clases subalternas y oprimidas fue, tal vez, el mayor efecto de la derrota.

La democracia que amaneció en diciembre de 1983 expresó un sentimiento de satisfacción por parte de las clases dominantes. Estas podían darse el lujo de prescindir de las comodidades de la dictadura (burguesa) como modelo de organización del poder estatal. Con un horizonte despejado, sin riesgos, estaban en condiciones de conceder, nuevamente, algunos derechos políticos (libertades y garantías) a un sujeto otrora impugnador, pero ahora despojado de su competencia política y del derecho a actuar; devenido sujeto social, política y culturalmente desestructurado, es decir: masa electoral y obedencial, una masa inercial, susceptible de ser inscripta en esquemas verticales de poder, ya sean estatales o privados, tecnocráticos o eclesiásticos.

Por eso esa democracia, la de diciembre de 1983, nació “acabada”, blindada a la praxis de las y los de abajo. Por ende, no podrá ser “mejorada” o “embellecida”. Por lo menos no desde un punto de

vista cualitativo. Tal vez pueda sanear algunas estadísticas y reponer algunos números (lo que no es una cuestión menor, porque en eso les va la vida a muchas personas). Pero, en última instancia, está condenada a ser más de lo mismo. ¿Radicalizarla? ¿Cómo? ¿Cuál sería el sentido de radicalizar la democracia liberal? ¿Acaso esa intervención, en caso de ser factible, nos mostraría el rostro de un futuro alternativo? La fórmula de la democracia como lucha por más democracia nos plantea una encrucijada que nos obliga a contemplar la lucha por otra democracia.

El pacto democrático de diciembre de 1983 no construyó condiciones favorables para las clases subalternas y oprimidas. Fue un momento político constituyente propicio para las clases dominantes y para el *ars* acomodaticio de las elites políticas, para las nuevas y nuevos *polites*. Solo en ese sentido cabe presentarlo como mito histórico "fundante". El pacto de diciembre de 1983 despejó el camino para una identificación cada vez mayor entre el poder económico y el poder político. Con los años, esa identificación llegó a niveles tan altos que se desdibujaron los roles intermediarios o transmisores que caracterizan a las elites políticas burguesas. A las clases subalternas y oprimidas solo les fue reconocida una pequeña porción de su soberanía. Por cierto, se les restituyó una parte ínfima de la soberanía que disponían en tiempos de la predictadura.

Esa remodelación heterónoma del sujeto popular a través del terrorismo estatal, fue la condición de la eficacia de la institucionalidad liberal a la hora de canalizar los conflictos sustantivos en una sociedad periférica. El capital había logrado imponer sus premisas y reconstruir su mando. Había arrasado con todo atisbo de control colectivo de los medios de producción, con (casi) todo impulso autónomo de las y los de abajo. A partir del nuevo realismo democrático, el camino al neoliberalismo ya estaba desbrozado. La democracia nacía como un régimen supuestamente apto para corregir algunas fallas del sistema, pero de ningún modo para transformarlo.

En diciembre de 1983 hubo un cambio de régimen, pero nada significativo se alteró en la matriz socioeconómica neoliberal impuesta por la dictadura cívico-eclesiástico-militar y en el contenido del Estado con su ordenamiento coactivo recargado. Las lógicas “clásicas” de la explotación capitalista se profundizaron, pero, además, a partir de la consolidación del capital financiero (y los procesos de financiarización), se fueron agregando nuevas modalidades expropiatorias sobre las trabajadoras y los trabajadores y sobre las formas de supervivencia de las clases subalternas y oprimidas. Al mismo tiempo, se profundizaron los procesos de endeudamiento, individuación y descomposición de los basamentos comunitarios y se iniciaron otros de electoralización, precarización, corporativización, serialización y fragmentación; de invisibilización de la ciudadanía o de subsunción de la misma bajo categorías mercantiles: consumidoras y consumidores, usuarias y usuarios, espectadoras y espectadores, emprendedoras y emprendedores, contribuyentes. En efecto, todas categorías despolitizadas y despolitizantes como vecina, vecino, gente, “argentinos de bien”, etcétera.

El narcotráfico, subproducto del capital financiero, se incorporó al proceso de desorganización de las clases subalternas y oprimidas, de desarticulación cultural de las mismas y destrucción de los vínculos sociales comunitarios.





## **Democracia e impotencia popular: la gran culpa colectiva**

Todos esos procesos se ahondaron durante la década de 1990 con la penetración en profundidad del neoliberalismo y su racionalidad totalizadora. Es decir: con descentralización y desregulación del Estado, con minimización de sus funciones y con “transferencia” de responsabilidades a la hora de las decisiones sobre los aspectos más relevantes y críticos: un verdadero desmantelamiento en beneficio del mercado; con privatizaciones de las empresas públicas y del sistema previsional; con flexibilización laboral y desprotección de la clase que vive de su trabajo; con la derogación de las leyes protectoras de derechos sociales y con restricciones cada vez mayores para acceder a la vivienda y a la tierra; con Argentina consolidada como la mejor alumna del Fondo Monetario Internacional (FMI) y como intérprete inflexible del Consenso de Washington. Todo santificado por la Reforma Constitucional de 1994.

Estas políticas se complementaron con otros momentos de “modernización de la pobreza” y de “policialización” de los territorios y de la política con sus secuelas de criminalización de las y los pobres y de judicialización de los conflictos sociales. Los efectos de estos procesos hoy, prácticamente, fungen como la infraestructura inconsciente del Estado argentino y de sus instituciones (y de toda la política normativizada). La contrarrevolución iniciada en 1976 no cesó en diciembre de 1983, se prolongó en las décadas subsiguientes, con otras cadencias y por otros medios: biopolíticos, necropolíticos, etc., que, en última instancia, resultaron tan opresivos como los medios coercitivos tradicionales. La transición de sociedades disciplinarias a sociedades de control fue el mar de fondo adecuado.

A diferencia de la democracia de la predictadura, plagada de insuficiencias, la democracia de la posdictadura aparece excesivamente deferente con las formalidades institucionales y con las retóricas políticas del consenso (pero, claro está, con fronteras bien precisas). Las invocaciones al consenso, establecidas desde diciembre de 1983 como quintaesencia de la corrección política, no convocan a otra cosa que al disciplinamiento social o, directamente, a la clausura de la política. En condiciones de pronunciada asimetría en materia de poder social y político, el consenso deviene una burla, una canallada y no hay posibilidades de diálogo. Por otra parte, las clases dominantes siempre han buscado vaciar a la categoría “diálogo” de todo contenido conflictivo.

Esto puede verse como una expresión del proyecto (un verdadero abyecto) de las clases dominantes tendiente a acotar la intervención política popular al campo de las representaciones, es decir: el campo de los encubrimientos, las apariencias y las deformaciones; de lo que nos cierra las puertas del acceso a lo real, en fin: la farsa. Pero la democracia de diciembre de 1983, en sus esfuerzos para hacerse compatible con el mercado (con los “poderes fácticos”), llegó a un punto en que debió asumir la posibilidad de la clausura de toda instancia vinculante y hasta de toda idea de devenir histórico. Por lo tanto, su condición fue y es la negación de los conflictos sustanciales; en sentido metafórico: la sistemática negación de una lucha subyacente entre el bien y el mal cuyo objetivo fue ocultar la permanencia del triunfo del mal (un hacer ajeno).

En diciembre de 1983, la democracia nació condicionada, no solo por el recuerdo de la dictadura cívico-eclesiástico-militar, sino por el recuerdo del período previo a ella, caracterizado por un alza inédita en la lucha de clases y por unas condiciones excepcionales de autoafirmación popular con perspectivas de transformaciones revolucionarias; por la exuberancia vital de los cuerpos libres e insumisos; por un promisorio desarrollo de las praxis instituyentes y

por un alto grado de conciencia social, cultural y ética de las clases subalternas y oprimidas, con el “auge de masas” y la “primavera de los pueblos” consiguientes. Asimismo, dicho régimen nació condicionado por el recuerdo del anterior “retorno democrático”, el de marzo/mayo de 1973, concretado en un entorno diferente, con una correlación de fuerzas distinta, con otras premisas subjetivas atravesando el entramado compuesto por las clases subalternas y oprimidas; premisas críticas, impugnadoras, cercanas a una gran política. La democracia en marzo/mayo de 1973 propuso algunos enlaces con una trama política mayor, la de diciembre de 1983 solo con una trama política menor.

Cabe destacar la eficacia de la operación político-discursiva que, a partir de diciembre de 1983, construyó una imagen antidialectica de la sociedad predictatorial centrada exclusivamente en la violencia política e impuso una parcialidad que terminó sustituyendo al todo. En efecto, se trató de una maniobra fetichista que buscó exorcizar la lucha, la insurrección, la guerra y la matanza; que intentó cubrir con maquillaje grueso unas marcas imborrables. Una maniobra que sirvió para evadir todo intento de comprensión de mediana hondura de la violencia política de la década de 1970. Porque ese intento conllevaba el riesgo de toparse cara a cara con un tipo de violencia cuya función primordial consistió en desmitificar, en la práctica, el poder de las clases dominantes (su poder coercitivo concentrado en el viejo Estado, pero también su poder material, social, ideológico, etc.) y en afirmar la legitimidad del poder popular, su capacidad para ordenar y organizar (autoorganizar) la comunidad desde abajo; dicho esto sin pretensiones de negar las malformaciones estratégicas y las aberraciones tácticas. En la década de 1970 habitan verdades contrahegemónicas que queman.

Todo esfuerzo por abarcar la violencia política en Argentina nos enfrentará, irremediamente, a la realidad de una enemistad estructural (no simbólica), que, vale aclarar, no ha hecho más que

agravarse en los últimos cuarenta años.

Cabe señalar que esta operación evasiva, que también fue asumida por las derrotadas y los derrotados, erigió a la “paz civil” en un valor supremo y abstracto ante el cual debían rendirse las aspiraciones de participación política, de justicia, igualdad, seguridad social, de las clases subalternas y oprimidas, etc. Recompuso una parcialidad que había sido cuestionada por las trabajadoras y los trabajadores: la “normalidad” del monopolio de la violencia estatal favorable (en última instancia) a los intereses de las clases dominantes. Esta operación, entonces, resultó clave para perpetuar el terror y el miedo; sin embargo, también conservó un núcleo reprimido de desobediencia que nunca dejó de retornar de modos diversos: en las clásicas formas ritualizadas, por supuesto, pero, sobre todo y cada vez más, en unos formatos “apolíticos” y, por lo tanto, pasibles de ser canalizados o desviados por el poder, reconducidos (desde arriba) hacia formas de violencia social horizontal.

La condena de toda violencia política como *ítem* fundamental del pacto de diciembre de 1983 no deja de ser un efecto directo de la violencia (estatal, paraestatal) que terminó con la politización popular, cercenó toda *expertise* de autodefensa de las y los de abajo y fijó los límites estrictos de lo impugnabile. Invocado ese *ítem* desde espacios vinculados a las clases subalternas y oprimidas, remite a una autolimitación política que, de manera consciente o inconsciente, promueve la inacción frente a las tendencias de desintegración social. En determinadas circunstancias esta autolimitación puede conducir a una abdicación de la dignidad.<sup>11</sup> Invocado por las clases dominantes, sirve para dominar con la sola sombra del poder y para ocultar las formas de violencia unidireccional que estas se reservaron para sí mismas (y

---

<sup>11</sup> En su *Tratado teológico-político*, Baruch Spinoza sostenía: “Mas como nadie puede privarse del poder de defenderse, so pena de abdicar de su dignidad, deduzco, finalmente, que nadie puede despojarse en absoluto de su derecho natural, y que, por consiguiente, los súbditos conservan siempre ciertos derechos que no pueden quitárseles sin gravísimo peligro para el Estado...”. En: Spinoza, Baruch, *Tratado teológico-político*, Madrid, Hyspamerica, 1985, pp. 24 y 25.

no hablamos solo del monopolio de la violencia a través del Estado).

El mito cívico radical, cívico nacional, cívico popular, supo perdurar cuatro décadas. Con alzas y bajas, nunca perdió su capacidad de abolir la historia, en especial sus núcleos más traumáticos: la lucha de clases, las subjetividades impugnadoras masivas, la potencia popular (o de la “multitud”), la puesta en discusión del orden cívico liberal, la violencia política ejercida desde abajo como medio de autodefensa, etc. Ese mito desarmó a las clases subalternas y oprimidas y rearmó a las clases dominantes.

Si en lo inmediato la democracia de diciembre de 1983 fue “democracia contra dictadura”, en el largo plazo se asumió también como “democracia contra los poderes instituidos desde abajo”; como democracia enfrentada a toda posibilidad de que las capacidades de producción autónoma del trabajo (y las capacidades cooperativas en general) se encaminen hacia la autogestión y la defensa del Común frente a los avances de la propiedad privada que, como bien se sabe, es lo esencial del poder.

La democracia de diciembre de 1983 sobrevivió cuarenta años roída por la idea de que el momento de autodeterminación popular más importante de nuestra historia (¿el más democrático?) condujo al terrorismo estatal. Ora a partir de una justificación consciente o inconsciente de la dictadura cívico-eclesiástico-militar como “mal necesario” para recomponer la legalidad burguesa (aunque cuestionando los “errores” y los “excesos”, la falta de garbo quirúrgico para “extirpar el mal”); ora a partir de una crítica (o de una “autocrítica”) a las “desmesuras” de las demandas populares que llevaron a las clases subalternas y oprimidas –a la “negrada alzada”– a investirse con los ropajes del “enemigo interno”.

Así, la democracia argentina que despuntó en diciembre de 1983, por convencimiento, resignación, arrepentimiento, miedo, angustia o culpa, asumió como sus condiciones básicas: la producción de impotencia popular, la construcción de individuos ato-

mizados y de sujetos políticos inducidos por éticas individualistas, la participación popular subordinada, la política como gestión del ciclo económico, el horizonte del “subsistencialismo” orientado a retrasar la desintegración social más que el horizonte de la recreación radical de las condiciones de vida popular, la pequeña política, la *realpolitik*, la militancia líquida o la despolitización lisa y llana. Se dedicó, sistemáticamente, a extirpar toda idea de transformación radical de la sociedad, toda idea revolucionaria, como si se tratara de tejidos mórbidos y anómalos a la democracia. Sin esas ideas, sin las posibilidades que en ellas conceden, el sufrimiento popular perdió valor movilizante y dejó de ser acicate para la praxis crítica.

En la Teoría de los dos demonios, y en el fondo mismo de la democracia de diciembre de 1983, subyace la justificación de un poder “soberano” que debió hacerse despótico para luego fundar una República.

Esta Teoría, con sus altas y sus bajas, a lo largo de los últimos cuarenta años, perseveró como relato hegemónico de la democracia argentina. De modo grosero o sutil, jamás dejó de producir sentidos conservadores. Nunca. Por eso nos sorprende cada tanto con retornos intempestivos. Inclusive los cuestionamientos del tipo *mainstream* a dicha teoría poseen una carga “victimista”; es decir, lastimera por una honda herida que –saben– jamás cicatrizará en un contexto de desigualdad y opresión, en medio de la patria sojuzgada. Existen evidentes afinidades entre los diversos planos de exterminio social. Todas las impunidades se retroalimentan. La miseria popular de hoy contribuye a la vanagloria del genocida de ayer.

“Nunca más” fue y es la consigna insignia del pacto democrático tácito de diciembre de 1983. Vino a instituir unos límites infranqueables. Su sentido es claro respecto de la dictadura cívico-eclesiástico-militar, de sus procedimientos ilegales y sus atrocidades. Pero... ¿cuántas veces nos hemos detenido en su lado oscuro?, que es, justamente, su lado “legal” y “liberal”. Un lado que

integra compulsivamente las diferencias y las resistencias. Un lado que remite al sentido preventivo y normalizador de la democracia. Porque “nunca más” también implica al *tándem* autodeterminación popular-revolución. Lo implica para repudiarlo y excluirlo, para depocerlo como significativo.

Así, la consigna “nunca más” contrabandea una renuncia y tiende a escindir la lucha por los derechos humanos de la lucha de clases. Su reverso dice que fue y es un “nunca más” a las fuerzas vitales de la sociedad, un “nunca más” a los sentidos utópicos, un “nunca más al protagonismo popular”. El “nunca más” sustituye la ética por una idea meramente transaccional de la política, prioriza las sanciones jurídicas por sobre las históricas, refuta todo heroísmo derivado de la lucha de clases y de la fidelidad a proyectos de transformación radical de una sociedad capitalista y periférica. Algo de esto se puso de manifiesto en el Juicio a las Juntas de 1985. Entonces, el “nunca más” se relaciona con la estandarización de los sueños, con la resignación más ignominiosa. Nunca más a la represión ilegal, pero vía libre para la legalidad que sirve para explotar y oprimir. Vía libre para una violencia sutil y unidireccional: la violencia del capital.

La “fiesta de la democracia”, más allá de servir para erradicar algunos entumecimientos, también tuvo su lado oscuro. Fue, además, una fiesta del castigo que, como vimos, junto a la derrota, fue uno de los emplazamientos en los que se instaló la democracia de diciembre de 1983. Cabe agregar: el castigo en términos nietzscheanos, esto es, como una forma de violentar y, en este caso en particular, de burlarse de un enemigo al que ya se ha derrotado. Ese castigo instauró el temor en las clases subalternas y oprimidas al tiempo que desalojó el amor.

Pero ese castigo a las fuerzas vitales de la sociedad quedó en un segundo plano, opacado por el castigo “jurídico” a los ejecutores directos de los crímenes de lesa humanidad: ¿una concesión “de-

mocrática” de las clases dominantes y un gesto tendiente a exponer su compromiso con la legalidad? ¿Una respuesta ineludible frente al clamor indignado de las víctimas y la movilización popular? Un poco de cada cosa. Pero sobre todo una forma de desdibujar las responsabilidades civiles del genocidio y de cargar todo a la cuenta de las Fuerzas Armadas. En todo caso, esa concesión comenzaría a revertirse con las leyes de Punto Final (1986) y Obediencia Debida (1987). La derogación de esas leyes de la impunidad, años más tarde, en otro escenario, con un grado mayor de reactivación de las fuerzas vitales de la sociedad, obligó a las clases dominantes a retomar sus concesiones. Ahora, en un contexto de desactivación de esas fuerzas vitales, todo anuncia una nueva reversión.

Otra consigna emblemática del pacto democrático de diciembre de 1983 fue: “somos la paz”, pero quienes la coreaban o estampaban en afiches y paredes, en general, no eran conscientes de su significado más recóndito, más cercano: “somos la pacificación”, “somos el saldo de la pacificación”. Somos el resultado de la neutralización de la sociedad civil popular y de la recomposición del monopolio de la fuerza pública por parte del “soberano”. Somos las hijas y los hijos de la derrota, sujetos salidos del molde de una democracia de posguerra. La consigna pacifista era un canto al abandono de “lo político”, un guiño a las clases dominantes.

Estas teorías y consignas pueden verse como señales de un pasado que sigue infectando nuestro presente. Ese pasado está siendo en el presente, es una inmanencia que posee efectos paralizantes.

Las formas liberales de lo político, con su lógica inherente que asigna valor a las desigualdades y prioridad a la libertad de los propietarios sobre los derechos de los ciudadanos, limitan las posibilidades de intervenciones democráticas, se avienen a la perfección con este modo de autoconstrucción asumido por la democracia argentina.

Las clases dominantes, sobre todo las fracciones consolidadas durante la dictadura cívico-eclesiástico-militar, terminaron fijando los contenidos innegociables de la democracia. Un régimen a medida. Ésta jamás sería el camino para la concreción de los objetivos y los deseos populares. La acotaron a unos márgenes estrechos. Después de bajarle el piso, le impusieron un techo también muy bajo. Idealizaron la medianía y la ética indolora, sin grandes responsabilidades. Eliminaron de la agenda pública el debate sobre modelos y matrices económico-sociales, sobre las bases estructurales de las injusticias, sobre las causas determinantes de la riqueza de una minoría y la miseria de la mayoría, y presentaron la ausencia de ese ítem como garantía misma de la democracia. De este modo, el mismo código normalizado y normalizador de la democracia, al marchar de la mano del fortalecimiento de la capacidad de reproducción ideológica y política del sistema de dominación, irremediablemente, se fue deteriorando.

Ese deterioro, acentuado en la última década, alienta a las clases dominantes a probar una revisión de los viejos contenidos innegociables con el objetivo de renegociarlos; léase: recortarlos e imponer nuevos índices. Hoy, las clases dominantes pretenden achicar aún más esos márgenes, bajar aún más ese piso y ese techo y relanzar una nueva ola disciplinadora. Están listas para franquear los límites impuestos por el “nunca más”. Después de cuarenta años, pareciera que el mando del capital, en su devenir fascista, ya no necesita encubrir su violencia en formas legales.

Pero lo más importante fue que las clases dominantes inocularon en las clases subalternas y oprimidas un modo de subjetivizar la dominación a partir de una gran culpa colectiva: la culpa por las antiguas predisposiciones impugnadoras y rupturistas (destituyentes-constituyentes). La culpa por su ambición y por su voluntad política. La culpa por el deseo de dejar de ser objetos de las viejas instituciones para pasar a ser sujetos productores de instituciona-

lidad alternativa. La culpa del conflicto y del antagonismo. La culpa por el potencial constituyente y por el deseo de desplegarlo. La culpa por la polarización social y la fractura. La culpa por la indiferencia (o por el repudio liso y llano) respecto de la representación. La culpa por activar con sus demandas “desproporcionadas” los “protocolos” contrainsurgentes. Esa culpa alimentó el conformismo, el consentimiento, la alienación y la angustia. La estrategia de victimización de la ultraderecha encuentra en esa culpa un terreno propicio, repleto de fisuras.

Por otra parte, es importante señalar que la continuidad del poder de las clases dominantes necesita ubicar a la muerte en el campo de las luchas por la autoafirmación de las clases subalternas y oprimidas (el campo de la vida), responsabilizar por el origen de la violencia a quien la padece estructuralmente, anular toda política sustentada en los cuerpos solidarios en acción, instalar un sentido común incapaz de vincular lo inmediato con las causas de su existencia, consagrar la apatía y el inmovilismo político. En esa línea, las clases dominantes de Argentina, apelaron a la civilización para perpetrar los actos más bárbaros, invocaron la República para imponer dictaduras sangrientas. Una marca de origen.

En cuarenta años no logramos librarnos de esa gran culpa y de la tristeza social que conlleva. No fuimos consecuentes en el combate contra el sentimiento de culpabilidad. Entre otras cosas porque la propia izquierda, el propio “campo nacional y popular” y –derrochando amplitud– el propio progresismo, al asumir cierto institucionalismo incondicional, al naturalizar las lógicas imitativas y competitivas, al dejarse seducir por artificios y formatos envenenados y al aceptar las reglas y gestualidades huecas, al sobrevaluar las militancias estatales, terminaron comprometiéndose con la farsa y se encargaron de alimentarla. Más cerca de la norma que de la trasgresión, aceptaron acriticamente los campos y los términos de la disputa propuestos por el pacto de diciembre de 1983. Consin-

tieron los marcos heredados y no construyeron otros alternativos. Lo mismo se puede afirmar respecto de las identidades. Se sujetaron mecánicamente a la seguridad de las tradicionales recetas “pastorales”. En sintonía con esas disposiciones, no fueron capaces de aprovechar al máximo los “instantes de peligro”. Se cuidaron de pisar el césped. Por el contrario, se propagó, entre las organizaciones populares, el hábito de gestionar la peligrosidad de las clases peligrosas. Optaron por la gobernabilidad y la inclusión espuria.

De nada sirve, ahora, horrorizarse por el “desclasamiento del voto”. ¿Acaso las fuerzas que asumen horizontes populares y emancipadores han (hemos) desarrollado las praxis más adecuadas para evitarlo? ¿Cuánto han (hemos) aportado a la politización de los intereses materiales de las clases subalternas y oprimidas? ¿Qué grado de conciencia, qué imágenes dialécticas, qué saberes sobre los conflictos irresolubles y sustantivos han (hemos) elaborado durante las últimas décadas? Muy pocos. Menos aún si consideramos los saberes producidos y vivenciados como praxis. Prolíficos a la hora de las hipótesis, han (hemos) incidido muy poco en el desarrollo político y cultural de las clases subalternas y oprimidas.

De nada sirve, ahora, horrorizarse porque los proyectos más reaccionarios han sabido captar y asignar valor de móvil a la insatisfacción material y simbólica de las y los de abajo; al sufrimiento, la angustia y la frustración, a los sentimientos y al deseo popular. Si una porción significativa del proletariado extenso (incluyendo al precariado) colocó el goce en el terreno (desacertado) de la alienación y la servidumbre, alguna responsabilidad les cabe a quienes sostienen aspiraciones emancipatorias.

La triste verdad es que no han (hemos) sido lo suficientemente disfuncionales y que han (hemos) sido responsables de los procesos que anularon el potencial crítico de significantes como “izquierda”, “nacional-popular”, “emancipador”, “democrático”, etc. Esta predisposición no puede desvincularse de dos consistentes

sustratos que siguen operando como potentes ideologemas y que condicionan las praxis de estos sectores, incluyendo a los que asumen el anticapitalismo entre sus definiciones. En primer lugar, un sustrato productivista-desarrollista tributario de la idea del progreso. En segundo lugar, un sustrato que parte de la noción (equivocada, ingenua) de la indisolubilidad entre liberalismo y socialismo, la idea de que una democracia liberal “consecuente” deviene, en última instancia, socialismo.

La predilección por una condición “sacerdotal”; el predominio de las visiones estatistas y verticales; el centralismo que desvía a las organizaciones de toda función vanguardista positiva; las tendencias a militar la impotencia y a considerar los valores emancipatorios como datos trascendentes y separados de la subjetividad de las personas, fueron otros soportes limitantes de la praxis radical.

Aunque duela, hay que reconocerlo: muchos sectores políticos dizque críticos, aferrados a instrumentos y funciones declinantes, a mitologías impotentes, habitantes de las regiones más holgadas del sistema burgués, también contribuyeron al vaciamiento de la política. No generaron significados alternativos para la democracia. Se enfocaron más en *la política* y menos en *lo político*, incluso en las coyunturas álgidas, cuando la escisión de *la política* respecto de la sociedad civil popular ofrecía condiciones convenientes para las intervenciones en *lo político* y mostraba algunas fisuras para articular una y otro.

Las mezquindades, la autofagia, el sectarismo inveterado, los “viejos vicios” que siempre incitan a abdicar de las realidades humanas en beneficio de “el mundo”; en fin, el cúmulo de las impericias políticas de la izquierda, nuestros “incidentes críticos”, los sucesivos batracios engullidos y las mistificaciones admitidas, más que un capítulo aparte, merecen un libro entero.

La pérdida de fuerza performativa de la narrativa democrática; un sentido común que parte de la ingenua aceptación de la

democracia como sinónimo de capitalismo; la democracia afianzada como normalidad y conformismo, como profundización de la relación hegemónica; el fetichismo de la democracia sin participación, como cándida excursión bianual a las urnas; la política desentendida de los conflictos inmanentes y sustanciales, junto a la multiplicación de las fuentes del orgullo y del deseo fascista (la “perversión del deseo gregario” de la que hablaba Wilhem Reich) y un grado inédito de identificación “tanática” de las sociedades con el capital (el inmenso poder del fetichismo de la mercancía), nos lleva a considerar la posibilidad de un futuro descenso de la farsa a la monstruosidad. Pero eso es harina de otro costal.



## “Democracia” vs. poder popular

La democracia que asomó en diciembre de 1983 instaló, desde sus comienzos, una alternativa de hierro: democracia o dictadura. Pero ese dilema, en realidad, serviría para ocultar (y denigrar) las afinidades más constitutivas de la democracia presentándolas como si fueran dicotomías irreconciliables: democracia o pensamiento crítico, democracia o cambio social, democracia o soberanía nacional-popular, democracia o lucha de clases. La conjunción disyuntiva (o), arbitraria y prepotente, se acomodaba en el lugar que le correspondía plenamente a la conjunción copulativa (y). La renuncia a todo ardor y anhelo emancipador se convirtió en condición *sine qua non* de la democracia. La democracia se fue delineando como conjuro contra el poder popular. Se conminó a las clases subalternas y oprimidas a disminuir la apuesta política, a autosacrificarse como sujetos contrahegemónicos. La política (“democrática”) quedaba reducida al “arte” de administrar una institucionalidad y una matriz económica (capitalista). La democracia argentina renacía, por lo tanto, con un costado chantajista y en abierta incompatibilidad con la conciencia crítica. Ese fue uno de los modos que encontró la dictadura cívico-eclesiástico-militar para repetirse y perdurar.

Ese fue (y es) el núcleo principal del denominado pacto democrático de diciembre de 1983. Atadas y atados a él jamás podremos recomponer unos índices de subjetividad que nos permitan ser prolongación vital de las y los 30.000. Reivindicarlas y reivindicarlos, desdemonizarlas y desdemonizarlos sin cuestionar el pacto es una forma de invisibilizar sus huellas, o de vitrificadas, neutralizarlas o deformarlas. Otro de los modos encubiertos del olvido y el perdón, una coartada basada en la memoria negligente, en la conmemoración distraída y deformante, una claudicación. ¿Qué clase de memoria, qué clase de anclaje histórico pueden construirse de ese

modo, sin rebeldías sustantivas, sin riesgos? Así, mientras sigamos instaladas e instalados en alguna entrelínea (incluso en algún margen) del trazo de los vencedores, jamás podremos recuperar plenamente a las y los 30.000. No haremos más que discontinuarlas y discontinuarlos, sin reconstruir la genealogía necesaria. Seguiremos habitando en el vacío que dejan las heroínas y los héroes cuando desaparecen. Seguiremos erigiendo estatuas y recortándole potencia al pasado. En los términos de Walter Benjamín –pocas veces tan oportunos–: si no logramos que el enemigo deje de vencer, jamás encontraremos la forma de poner a salvo a las y los 30.000. Si nos siguen venciendo, seguiremos sin saber qué hacer con las muertas y los muertos, con las desaparecidas y los desaparecidos. Las y los relegaremos a la ineficiencia histórica. Si nuestra elección es “a medias”, publicitaria, sin compromisos sustantivos, jamás seremos elegidas y elegidos por ellas y por ellos. Sin tensiones sustantivas, no habrá reencuentro entre las generaciones del pasado y las del presente.

Por ejemplo: existe una encrucijada en la que la perpetuación (y la profundización) de las desigualdades estructurales, o la pasividad frente a ellas, “atempera” los efectos del juicio y la condena a los represores y frena todo proceso desvictimizante de las y los 30.000. Urge garantizar ciertas correspondencias para pertenecer con derecho a la misma colectividad histórica de las y los 30.000, para asegurarles una existencia póstuma que –Jean-Paul Sartre *dixit*– no es lo mismo que la pura supervivencia espectral. Urge garantizar ciertas reciprocidades significativas (materiales, sociales, subjetivas) para asegurarle un suelo más sólido a la memoria; el actual se ha mostrado más endeble de lo que suponíamos. Una sociedad sin cuerpo, una sociedad sin sustancia, solo producirá entidades fantasmáticas.

¿Acaso las hijas e hijos de la “generación diezmada” están dispuestas y dispuestos a “saldar cuentas”, a desandar obediencias,

a violentar lo instituido y normalizado por las clases dominantes, en fin: a contraatacar y a volver a hablar de revolución? ¿Podrán superar la indiferencia ética a la que las y los condena la política normalizada, estatalizada y gestionaria? ¿Acaso están preparadas y preparados para reconocer de una buena vez que la democracia de 1983 jamás fue el futuro deseado por las y los 30.000? El rol histórico de las hijas y los hijos de la generación diezmada está estrechamente vinculado al sentido que le asignan (o que le asignen: todavía no corresponde cerrar ninguna puerta) al proyecto de sus madres y sus padres. Porque no es lo mismo ser hijas e hijos de la derrota, hijas e hijos de la nada, en concreto: una “generación domesticada”, que hijas e hijos del espíritu trasgresor y contumaz que caracterizó a sus madres y a sus padres antes de ser derrotadas y derrotados, castigadas y castigados a los fines de reconstruir el país liberal. ¿Acaso subyace en esas hijas y esos hijos el miedo de terminar, también ellas y ellos, diezmadas y diezmados? Conviene tener presente las otras herencias culturales de la dictadura cívico-eclesiástico-militar identificadas por Fogwill. Una, la que consistió en el “teleteatro del horror montado para enseñar a las nuevas generaciones lo que va a sucederles a quienes intenten transgredir los límites del disenso permitido”. Otra: la “impensabilidad de las situaciones límites de la violencia”.<sup>12</sup> Sin sacudirse ese miedo, las hijas e hijos de la generación diezmada corren el riesgo de incurrir en la bíblica ofrenda de los necios.

¿Será que nuestra “conciencia deudora” entra en colisión con la angustia que, en el fondo, nos genera el recuerdo de unas antepasadas y unos antepasados que pretendieron exceder sus “posibles” y fueron aniquiladas y aniquilados? Sartre decía que la huida ante la angustia no era solamente un esfuerzo de distracción ante el porvenir sino también un intento por desarmar la amenaza del pasado. Tal vez esta generación esté a tiempo de redescubrir las potencias

---

12 Fogwill, Rodolfo, op. cit.

populares y destrabar la imaginación política, pero para eso deberá trascender (y no sobrevolar) sus posibilidades presentes. Tal vez esta generación pueda zafar de las herencias de la dictadura cívico-eclesiástico-militar. La nuestra (la generación de quien escribe) no pudo. Somos “vástagos recesivos”.

Debemos producir efectos de discontinuidad en relación al pacto. Cortar la dialéctica de su temporalidad lineal (recordemos: la linealidad de la historia de los vencedores). Debemos reconsiderar la renuncia. Debemos liberarnos de la culpa para hacer posible un momento político constituyente de abajo hacia arriba, para hacer efectiva la soberanía popular.

Estos dilemas velados no hicieron más que acotar a la democracia de diciembre de 1983. Por un lado, la tornaron incompatible con todo aquello que tendía a su superación (irreconciliable con otra democracia); por ejemplo: con la adquisición de un carácter sustantivo, con el encuentro con su potencia hermenéutica y con la construcción de una sociedad ética y política capaz de autogobernarse. Por otro lado, la vincularon con todo aquello que contribuía a su superficialidad y denigración: matrices económicas neoliberales o neodesarrollistas (fundadas en la financiarización, la reprimarización, el agronegocio y el extractivismo), formalismos institucionales, tendencias a la representación corporativa, regímenes de gubernamentalidad mercantiles, el Estado copado por las lógicas del gerenciamiento y por un *ethos* empresarial (*management* público), patronazgo estatal, gobernanza, prácticas clientelares, populismo cultural de la nueva derecha, etc. Vale aclarar que estas situaciones, a lo largo de las últimas cuatro décadas, periódicamente, fueron cuestionadas por las iniciativas formidables –aunque siempre endebles en materia de proyectos políticos viables– de diversos sectores de la sociedad civil popular: organizaciones populares, movimientos sociales, incluso algunos partidos políticos.

La democracia alumbrada en diciembre de 1983 enfatizó las lógicas representativas y delegativas en desmedro de las lógicas participativas y protagónicas. Reificó los formatos verticales de la intermediación política, históricamente declinantes. Desalentó cualquier propósito de desarrollo de los formatos horizontales, históricamente ascendentes (en una perspectiva de largo plazo). Priorizó la vieja institucionalidad estatal ante cualquier atisbo de nueva institucionalidad plebeya posestatal. El *aggionamiento* en materia de lenguajes y modelos de gestión estatal provino preferentemente del mercado; nunca, o muy pocas veces, de las experiencias más disruptivas (que, por cierto, no faltaron) de la sociedad civil popular.

En síntesis, la democracia argentina a partir de diciembre de 1983 se constituyó sobre la negación de la democracia como autodeterminación y autogobierno popular. Cerró los caminos a la experimentación popular y a la política como gobierno común de lo común. Edificó sus condiciones a partir de la desmoralización y la impotencia popular. Suprimió, por vías coactivas o “consensuadas”, todo conato de iniciativa política autónoma de las y los de abajo. Paralelamente no contrarrestó (o lo hizo excepcionalmente) y, en general, contribuyó abiertamente a afianzar el poder de las fracciones más concentradas del capital, locales o extranjeras.

La denominada consolidación de la democracia fue de la mano de la inviabilidad de los proyectos nacionales de desarrollo en los marcos del capitalismo periférico y dependiente. No podemos evitar insistir en algunas de las correlaciones que ya hemos señalado. Los cuarenta años de democracia coinciden con un proceso de concentración y centralización del capital, de extranjerización de la economía, de monopolización de los recursos; con la expansión de una matriz extractivista gestionada tanto por neoliberales como por neodesarrollistas; con un modelo de eficiencia inspirado en la empresa privada que se trasladó a la política; con la precarización del trabajo y de la vida de una parte importante de la sociedad, con

la mediocridad, la arbitrariedad y la presuntuosidad de las elites políticas ensimismadas. Esta democracia institucionalizó la *apathia* (estado de indiferencia) popular. Institucionalizó la fuerza del hábito, de la inercia y de los núcleos de sentido más conservadores del universo plebeyo-popular.

De un modo u otro, esta democracia, hizo heterónoma a la sociedad, achicó el *Demos*, expulsó a las clases subalternas y oprimidas de la política (de la gran política), inhibió sus capacidades de tomar iniciativas históricas. O, bajo gobiernos dizque nacional-populares o progresistas, las incluyó subordinadamente en sus esquemas de gestión vertical y a sus estructuras decisionales burocráticas. De esta manera, se naturalizaron los vínculos asimétricos entre el Estado y las organizaciones populares, entre los agentes públicos y las actrices y actores de la sociedad civil popular, entre una elite política que se presentaba como virtuosa y sensible y una sociedad civil popular pasiva, “agilada”, desarmada (social, política y simbólicamente), incapaz de frenar el crecimiento de las capacidades coercitivas del capital (local y global). Por cierto, no se propiciaron transferencias de poder real de las instituciones estatales a los espacios de participación crítica de las y los de abajo, tampoco fueron estimuladas las praxis tendientes a generar incrementos efectivos del protagonismo social directo y del poder popular.





## **Aproximaciones a la democracia. Los mejores impulsos**

Cabe destacar que esos gobiernos merodearon un núcleo democrático cuando sus intervenciones buscaron erradicar algunas crueldades de la dictadura cívico-eclesiástico-militar inscriptas en la democracia nacida en diciembre de 1983; cuando le colocaron algún límite a la dictadura de la renta financiera y revirtieron ciclos de endeudamiento y fuga de capitales; cuando encararon políticas reparadoras en diversos órdenes; cuando aliviaron alguna miseria, restañaron heridas, restituyeron alguna cuota de soberanía nacional, etc. No cabe hablar de “engaño”, ni de simulacro, por lo menos no en toda la línea. Pero tampoco conviene juzgar a estos gobiernos a partir de la simple inversión de las interpretaciones de las formaciones discursivas antiprogresistas y antipopulistas.

De todos modos, las fuerzas políticas que formaron parte de estos gobiernos fijaron con toda claridad los límites de su campo de acción, al tiempo que se encargaron de mantener a los conflictos sustanciales alejados de los centros neurálgicos y de “ahorrarle” a las clases subalternas y oprimidas toda experiencia política intensa y propia. Estas debían conformarse con curarse, educarse y comer un poco, un poco más. No transformaron las vetustas estructuras materiales e institucionales que, en sus aspectos medulares, se mantuvieron incólumes. Se adhirieron a las tendencias inauguradas por la dictadura cívico-eclesiástico-militar y/o por las políticas implementadas en la década de 1990. Profundizaron la matriz tradicional, con más concentración y más extranjerización favorable al capital financiero. Los números de la rentabilidad empresarial son elocuentes.

Sus iniciativas más prósperas alentaron una rebeldía moderada, una rebeldía climatizada, una desviación tipificada.

La reparación, más allá de alguna que otra acrobacia retórica y teórica, no tuvo correlatos significativos en el bloque de poder. No desplazó a la clase política tradicional y propuso una reformulación del pacto al interior de las elites. Estabilizó, entonces, a la democracia representativa puesta en jaque en 2001. Lejos estuvo de proponer la construcción de una hegemonía popular. El “significante vacío” terminó funcionando como un ardid del realismo del poder.

El panorama histórico estaba tan deteriorado que apenas una merma en la intensidad del neoliberalismo alcanzó para erigir una épica política. Un instante de desidentificación parcial y relativa del poder político respecto del poder económico, un freno al proceso de “desciudadanización” de la sociedad civil popular, un poco de sarcasmo en el discurso político, algunas intervenciones reparadoras en diversos órdenes, algunas iniciativas valiosas orientadas a cerrar el ciclo del terror, etc., alimentaron las expectativas democráticas. Con muy poco se puso en evidencia “lo que puede *la política*” en materia de ruptura con las conductas reproductivas, lo que puede *la política* cuando se abre a la recuperación de *lo político*. Pero no se ahondó demasiado en esa potencialidad que apuntaba a superar la gran culpa por la vía del desacato del orden instituido, del reverdecir de la imaginación política y de una politización plebeya *de profundis*.

Los recorridos escandalosos insinuados por esa potencialidad, su inherente negatividad crítica, la amenaza de una plenitud popular y de pasiones fuertes, le causaban vértigos a una dirigencia política timorata y a una militancia vacacional imbuidas de un “espíritu de gestoría”, poco dispuestas a avanzar en la modificación de la configuración institucional del capitalismo argentino. El escenario contribuyó a las trampas de las sinécdoques. Las respuestas desproporcionadas de los sectores más reaccionarios e impiadosos (locales y extranjeros), la idea de una “grieta” que reinstalaba la realidad del conflicto sustantivo (aunque de manera un tanto

alambicada, dado que el eufemismo pretendía ocultar el núcleo traumático de la lucha de clases y simplificar el trabajo de “reconciliación”) alimentó legítimos entusiasmos.

Pero estos entusiasmos generados por las intervenciones en las partes desdibujaron el todo. Como se suele aseverar, las verdades parciales ocultan mentiras generales. Después de algunos desplantes al poder, esas fuerzas políticas regresaron al realismo político, al puro pragmatismo del poder instituido, al craso olvido de *lo político*; retomaron el cauce de “*la política debida*”, de la “*democracia debida*”. Priorizaron la gobernabilidad del viejo sistema. Se colocaron al margen de toda historicidad subalterna y oprimida y escenificaron una imposibilidad, una impotencia política de fondo. De esta manera, contribuyeron con las sucesivas ofensivas del capital, se convirtieron en *performers* del distanciamiento. Promovieron un modo de intervención política que parece obviar los impactos morales negativos y los efectos desmovilizadores que genera. Tributaron a la confusión popular. Su opacidad nutrió el giro reaccionario. Hoy asumen funciones morigeradoras y se erigen en defensoras de lo malo frente a lo peor. Evitando contradecir al capital en aspectos sustanciales, van de moderación en moderación hacia la derechización final, desbrozándole el camino a la ultraderecha. Han quedado expuestas las limitaciones del “plebeyismo” como emplazamiento para el desarrollo de subjetividades críticas y transformadoras. Después de los espejismos –pero también de los innegables remansos– quedó instalado el interrogante: ¿en el transcurso de estos últimos cuarenta años, acaso ha perdido alguna elección el neoliberalismo estructural?

En rigor de verdad las fuerzas políticas que conformaron esos gobiernos jamás aspiraron a trascender las condiciones de reproducción del sistema y no alentaron la creación de fuerzas sociales transformadoras. Así fue para el grueso de esas fuerzas. Por el contrario, en consonancia con los intereses de algunas fracciones

de las clases dominantes, reconstruyeron las condiciones para el “desplazamiento” de los conflictos con dosis de neokeynesiano y financiarización de la vida. Lejos de nutrirse de la potencia que emanaba de las experiencias populares más autónomas, optaron por desarticularla.

Porciones significativas de las fuerzas políticas, con aspiraciones radicalmente democráticas y transformadoras, se diluyeron en frentes nacionales donde primaban los intereses de algunas fracciones de las clases dominantes. Terminaron jugando juegos ajenos. Subordinaron sus ansias emancipadoras a una alianza política con un sujeto material e ideológicamente inconsistente, ilusorio, etéreo: una burguesía nacional, productiva, no parasitaria. Se empantanaron en la oposición entre un capitalismo productivo y distributivo y un capitalismo financiero excluyente. Una dicotomía falsa y desprovista de toda intrepidez intelectual y política. Se sumaron así a la representación de una imposibilidad histórica y dilapidaron su capacidad de generar sentidos unificadores por abajo. Quedaron atrapadas en un objetivo posneoliberal que devino en opción abierta por el neodesarrollismo extractivista “con inclusión”, una versión local del social-liberalismo. Conciente o inconscientemente se inscribieron en el campo del poder dominante y comenzaron a pensar la patria con las categorías de los opresores. Esos frentes nacionales no eran (no son) otra cosa que los instrumentos políticos para la implantación gradual y negociada de las políticas que el capitalismo argentino requiere para realizar su ciclo de acumulación.

Los mejores impulsos democráticos entre 1983 y 2023 –jalones de temporalidad eruptiva, desvíos del camino normado, brotes de iniciativas autónomas por parte de las clases subalternas y oprimidas, inscripciones efectivas en el linaje de las y los 30.000– fueron los que mantuvieron viva la conflictividad sustancial, principalmente a través de la acción directa y desde espacios externos

a las instituciones, aunque también contribuyeron a que algunas instituciones se abrieran a los cuestionamientos internos.

Los mejores impulsos democráticos durante los últimos cuarenta años fueron aquellos que no se resignaron a las relaciones de fuerzas existentes. Los que buscaron conciente o inconcientemente la recomposición del sentido de lo colectivo, la participación simétrica de las y los de abajo y la refundación de una nueva subjetividad crítica y de una verdadera comunidad política. Los que apostaron a la intervención territorial, la interseccionalidad y la autonomía popular. Los que infiltraron la política de los cuerpos y alteraron algunos planos de la cotidianidad capitalista. Los que priorizaron la experiencia política popular por sobre la experiencia administrativa. Los que expandieron la mancomunidad, la asociación y las energías plebeyas. Los que activaron todas las presencias con tendencia hacia el porvenir. Los que propiciaron aperturas que hicieron posibles otras representaciones de la autoridad política y las luchas por el sentido de la democracia. Los que no se atuvieron a los mandamientos que las clases dominantes le impusieron a las clases subalternas y oprimidas en diciembre de 1983: ¡No resistirás! ¡No politizarás la rabia y el dolor! ¡No interpelaras en profundidad a la propiedad privada! ¡No discutirás lo central!: el modelo de acumulación, las relaciones de producción, el poder... ¡Sentirás culpa de tu radicalidad, de tu rebeldía!

Esos impulsos ejercieron una crítica de los intentos normalizadores y expresaron las intermitencias típicas de la historia de las vencidas y los vencidos. Lograron desentumecer (y reactualizar) viejas praxis críticas.

Esos impulsos no fueron respuestas meramente reactivas ante las periódicas crisis económico-sociales. No se pueden reducir los crujidos interiores de la democracia que frisa las cuatro décadas a las irrupciones del elemento económico inmediato. Hubo algo más: un componente decisivo a la hora de trascender el conformismo

y perforar las superestructuras del sistema. Esos impulsos provinieron casi siempre de subjetividades instituyentes y llevaron a pensar la política más allá de lo formal y lo normalizado, es decir: de tanto en tanto nos instalaban en el terreno de *lo político* que nunca se resignaba a esfumarse del todo y se empecinaba en retornar. Hicieron posible el incremento de las significaciones en torno a la democracia.

De manera parcial, impura y no lineal, se manifestaron, por ejemplo, en diversas resistencias al neoliberalismo. En la lucha de las trabajadoras y trabajadores que, en las décadas de 1980 y 1990, dieron forma a un sindicalismo no corporativo, democrático y combativo. En las sucesivas oleadas de tomas de tierra en el conurbano, a comienzos y a fines de la década de 1980. En la conformación, ya entrada la década de 1990, de nuevas organizaciones populares y nuevos movimientos sociales, especialmente las piqueteras y los piqueteros y el movimiento de empresas recuperadas por sus trabajadoras y trabajadores (ERT). En los colectivos y las colectivas de izquierda que nunca aspiraron al monopolio de la política de izquierda y no se subordinaron (por lo menos no totalmente) a los modales impuestos por la corrección política. En infinidad de espacios artísticos, culturales, de comunicación alternativa y de contrainformación. En las asambleas barriales que recuperaron culturas políticas basadas en la deliberación, la autogestión y el autogobierno popular. En las experiencias y luchas de los feminismos populares internacionalistas, antirracistas y plurinacionales y de los grupos LGBTQ+. En la revitalización del movimiento campesino y las comunidades originarias que luego serían protagonistas de las luchas en defensa de los territorios, contra el extractivismo, el agronegocio, y por la soberanía alimentaria.

Indudablemente, fue la fuerza instituyente de las Madres y las Abuelas de Plazo de Mayo y de los H.I.J.O.S., la que permitió infligirle la principal derrota a la dictadura cívico-eclesiástico-militar

y a las clases dominantes. Fueron los experimentos sociales autoorganizados de la década de 1990 (no subordinados al Estado y a los aparatos políticos gestores, dirigistas y verticalistas) los que perforaron el blindaje del orden impuesto por democracia de diciembre de 1983. Así, esa democracia fue escrachada.

Esos impulsos tuvieron su momento emblemático en torno a la rebelión popular del 19/20 de diciembre de 2001 cuando la democracia iniciada en diciembre de 1983, y el sistema de dominación en su conjunto, enfrentaron la peor crisis de legitimidad, hasta ahora. La rebelión popular, por un instante, suspendió un tiempo histórico e instauró otro. Habilitó una promesa, tal vez la más importante de estos cuarenta años. La promesa de una fuerza destituyente, fundacional y, junto con ella, la promesa de otra política, otra democracia y otro “metabolismo”. La promesa de un auténtico “existir democrático”. Lo que más ha aportado a la “actualización” de la democracia, lo que ha permitido vislumbrar otra democracia, ha sido la revuelta popular y cada circunstancia en la que tomó cuerpo la democracia callejera.

A partir de 2003, con la recomposición del sistema de dominación (y del “sistema de conformidad” respecto de la realidad), con los reacomodos en el seno de las clases dominantes, con el capital y el Estado reparados como potentes atractores (una recomposición del “presentismo” que se había quebrado en 2001); pero también con la ampliación de las relaciones salariales, con la consolidación de una inesperada mutación progresista del peronismo (recorde-mos que venía de ser ariete del neoliberalismo) y la consiguiente recuperación de algunos espacios de regulación (y “tutela”) estatal, buena parte de esas subjetividades instituyentes terminaron instituidas, total o parcialmente. La energía popular, depauperada, se reencauzó por la senda de la representación formal, la delegación, la negociación y la gestión de los recursos del Estado. Las nuevas formas de subjetivación en ciernes no lograron desarrollarse. No

consiguieron preservar su autonomía y quedarse por fuera de los términos de la flexibilidad ideológica del peronismo. La estela de 2001 se deshizo rápido, demasiado rápido.

Lo más importante es que hubo momentos en que las clases subalternas y oprimidas hicieron “su historia” y descolonizaron fugazmente su experiencia. Con ímpetus festivos y cáusticos, desplegaron su potencia política. Produjeron nuevas subjetividades críticas. Construyeron sus propios entramados democráticos y multiplicaron las *ágoras*, al margen del Estado, trascendiendo el pacto democrático de diciembre de 1983 y superando la gran culpa. Los atisbos arrebatados de otra democracia conmocionaron a la ilusión democrática. Por un instante restituyeron el escenario de la tragedia. La praxis popular traspasó el blindaje de la democracia de diciembre de 1983. Los impulsos autónomos de las y los de abajo nunca cesaron del todo, a pesar de las tendencias a la estatización generadora de indigencia política, apropiadora de las estructuras de lucha generadas por las y los de abajo y desvirtuadora de todo objetivo de transformación radical.





## Patear el tablero

Venimos de cuarenta años de confinamiento de la acción política. Cuarenta años de despotenciación de las magistraturas plebeyas. Cuarenta años de gestión jerárquica del poder y de descolectivización de la política. Cuarenta años en el desierto, jalonados por uno que otro oasis de desborde de los confines impuestos, con algunos instantes de felicidad política popular y de goce colectivo, con pocos momentos donde las condiciones materiales y morales fueron más favorables para “lo justo” y para generar retaguardias sólidas, donde logramos acumular un poco menos de rabia.

Así, como es y como está, esta democracia no se halla en condiciones de trascenderse. Su propio meollo inmovilista inhibe esta posibilidad y, a corto o largo plazo, propicia las soluciones políticas aberrantes. Lo mismo cabe afirmar respecto de este Estado.

¿Cómo contribuir a reducir los márgenes de la farsa y a ensanchar los de la verdad de la democracia? Sin dudas, es necesario “patear el tablero” y cambiar el eje de la “cuestión democrática”; abandonar las lógicas de la subordinación y recuperar las fuerzas de la autoafirmación política; proponer otros paradigmas democráticos: plebeyos, participativos, protagónicos.

Patear el tablero para escapar de las apariencias y de las conductas obligadas; para dejar de autoreprimirse las palabras excesivas y fundamentales; para fusionar la política con lo cotidiano, la militancia con la vida, a las clases subalternas y oprimidas con el territorio; en fin, para territorializar la democracia.

Patear el tablero, para que emerjan las valencias salvificantes de la crisis y para recuperar una agenda política popular.

¿Existe alguna forma de trascender el espacio de la democracia normalizada sin agotarlo primero? Se trata de poblar el espacio de la democracia normalizada, poblarlo hasta la saturación, pero a sabiendas de que, dadas determinadas correlaciones de fuerzas

(y determinados procesos de desfetichización de la política), esta democracia no tendrá reparos en sacrificar a la otra democracia. ¿Se pueden agotar las posibilidades de ese espacio sin asumir, desde el vamos, el objetivo de trascenderlo? No parece. La opción conciente y deliberada por otra democracia junto a las praxis que ella incita y que de ella se derivan, deviene clave para trascender las posibilidades del espacio de la democracia normalizada. Sostenemos que, de la intersección de estos interrogantes se desprende una clave dialéctica que puede resultar políticamente productiva, indispensable para patear el tablero. Esta clave puede promover la disminución de lo farsesco y el crecimiento de lo verdadero.

La farsa disminuye y la verdad crece cuando se reconoce el carácter irreformable del capitalismo y se apuesta por la creación de otro sistema sociometabólico capaz de consolidar un piso de felicidad común. Solo si asumimos un horizonte radicalmente transformador podremos insuflar mística a nuestra praxis y evitar la desmoralización.

La farsa disminuye y la verdad crece cuando se confía en las dimensiones éticas antes que en las normativas y cuando se concibe la acción colectiva como medio privilegiado para la autoconstitución de los sujetos políticos críticos.

La farsa disminuye y la verdad crece cuando, en las organizaciones populares y en los movimientos sociales, comienzan a emerger gestos vanguardistas orientados a la creación de nuevas formas de representación (conflictiva) de la realidad. Esto podría resignificar la mismísima representación política.

La farsa disminuye y la verdad crece cuando las organizaciones populares, los movimientos sociales y los colectivos militantes asumen como punto de partida lo que Edward P. Thompson llamaba la “economía moral de la multitud” y, a partir de ese emplazamiento, desarrollan praxis orientadas a la reconstrucción del sujeto popular y a la autogestión de la cooperación social. Praxis que intensifican

la conciencia social, política, cultural y ética de las clases subalternas y oprimidas. Praxis que contribuyen a la autocomprensión de su potencia. Praxis que politizan la reproducción social y generan lazos sociales virtuosos.

La farsa disminuye y la verdad crece cuando las organizaciones sociales y los movimientos sociales reivindican la autonomía en el control de los proyectos reproductivos y productivos; también cuando se alienta ese proceso desde el Estado, pero un nuevo Estado, otro Estado despojado de las incrustaciones dictatoriales y neoliberales, pero también de las críticas “reformistas” del Estado.

La farsa disminuye y la verdad crece cuando no se escatiman los esfuerzos destinados a construir un Estado diferente al “Estado representativo” que es un “Estado subsidiario” o un “Estado agencia de servicios”, un Estado erigido en gran limitación para el cambio social, cada vez más ausente y cada vez más ajeno a las clases subalternas y oprimidas; cuando se apuesta a la planificación democrática como mecanismo regulador de las relaciones productivas y la incorporación de mecanismos de autogestión; cuando se promueven instituciones más operativas y menos representativas, esto es, una institucionalidad alternativa, posestatal; cuando se busca la articulación de las formas representativas con las formas de la democracia directa.

La farsa disminuye y la verdad crece cuando, además de la redistribución del ingreso y la socialización de los medios de producción, se promueve la redistribución y la socialización del poder: una biopolítica desde abajo.

La farsa disminuye y la verdad crece cuando la política se asume como búsqueda y producción de fuerza colectiva capaz de ponerle límites al poder opresor y fundar las condiciones de posibilidad para un proyector emancipador. La lucha de clases, de por sí, es productora de acontecimientos y de verdad. Nos reinserta en escenarios trágicos. Por eso, desde el poder dominante y las

burocracias, se intenta canalizarla, desviarla, institucionalizarla, invisibilizarla o, directamente, negarla como dato de la realidad.

La farsa disminuye y la verdad crece cuando el deseo de justicia distributiva de las clases subalternas y oprimidas encuentra correlatos en su autonomía, en su *autárkeia*.

La farsa disminuye y la verdad crece cuando la democracia se concibe y se ejercita como crítica del orden dominante y del modelo civilizatorio hegemónico, como desfetichización de la política, como relación de igual a igual, como ironía y amistad; cuando la democracia aparece vinculada al horizonte estratégico de la autodeterminación y el autogobierno popular (y desvinculada del mercado y del capital, pero también del ascetismo lúgubre y de la política *folk y/o naïf*).

La farsa disminuye y la verdad crece cuando el “gobierno democrático” cuida la vida y la antepone a los intereses de las transnacionales (y a la racionalidad capitalista, y a la acumulación de capital); cuando el pueblo deviene voluntad colectiva para salvar al pueblo; cuando la democracia no se queda en las escrituras sobre el agua.

La farsa disminuye y la verdad crece con la democratización del poder económico y con la defensa de la soberanía y de su condición nacional-popular real y no abstracta. Con la restitución de una condición conflictiva inherente, tanto al espacio (mejor: a la “espacialidad”) de la Nación como al de la sociedad. Con el reconocimiento de la Nación como entorno estratégico idóneo para resistir los efectos de la mundialización capitalista y como instancia concreta de la lucha de clases. Con la apuesta por la Nación como compañerismo profundo y horizontal y no como compañerismo superficial y vertical (en esta clave entendemos lo nacional-popular). Con la recuperación de la Nación que fue derrotada por la dictadura cívico-eclesiástico-militar y nunca vindicada cabalmente en cuarenta años. La Nación “intraclase” y no la Nación “interclase”

que es incompatible con el amor y la igualdad. La Nación construida “desde abajo”; es decir, la Nación no burguesa, la Nación por fuera de los discursos dominantes homogenizadores y de las estrategias fundadas en la colaboración de clases antagónicas. La Nación que trasciende el horizonte de sentido del capitalismo, la Nación más allá de la “desoligarquización” del Estado. La Plurinación morena, marrona, cimarrona (¿o acaso en Argentina –“crisol de racismos”– las estructuras sociales no están “epidermizadas”?) La Nación henchida de un pueblo confeccionado por muchos pueblos; de un pueblo más predispuerto a hacer patria y patria para todes que a ser consumado por el Estado.

La farsa disminuye y la verdad crece cuando se le disputa el sentido de la democracia a las diversas representaciones políticas de las clases dominantes y al capital en su conjunto (a la “religión de la mercancía”, la “República excluyente de la propiedad” y a las formas liberales de la política); cuando se reconstruye la democracia como un régimen de reflexividad colectiva y de inteligencia colectivizada; cuando se promueven los saltos cualitativos en materia de cultura política popular.

La farsa disminuye y la verdad crece cuando la sociedad civil popular desarrolla, desde los territorios, los núcleos identitarios y las diversas praxis críticas que la ayudan a desprenderse de sentimientos paralizantes, de la gran culpa que le cargó (que nos cargó) diciembre de 1983.

Debemos redefinir la democracia y refundar una utopía democrática. Debemos reinsertar a la democracia en una trama política mayor. Reinventarla desde abajo: una democracia plebeya, una democracia comunal fundada en una relacionalidad fuerte. Una democracia más allá de la “democracia”. Una democracia “cognitiva”, una democracia “autoaceptada” por todas, todos y todes, una democracia productora de felicidad, una democracia revolucionaria. En efecto: democracia y pensamiento crítico, democracia y sobe-

ranía nacional-popular, democracia y autodeterminación y autogobierno de las y los de abajo, democracia y poder constituyente, democracia e imaginación insurgente, democracia y socialismo, democracia y revolución, son términos inseparables.

¿Quiénes patearán el tablero? ¿Cuándo y cómo recuperaremos la confianza que hace posible la rebeldía? ¿Cuándo comenzaremos a construir los caminos propios y a entreabrir la posibilidad de otro futuro?





## Recapitulación

De nada sirve lamentarse ahora por la ruptura de los consensos que fundaron y sostuvieron el orden democrático argentino durante los últimos 40 años. Además, ya es demasiado tarde. En su obra *El desacuerdo. Política y filosofía*,<sup>13</sup> Jacques Rancière, sostenía que la denominada democracia consensual no era otra cosa que la clausura misma de la política. Nuestro balance no puede hacer otra cosa que ratificar esta perspectiva. Cabe tener presente que, para este autor, el consenso constituye un régimen determinado de lo sensible.

Esos consensos “democráticos” – hoy severamente deteriorados – establecieron los marcos de “lo razonable”, las coordenadas mismas de lo políticamente posible y hasta de lo políticamente deseable. Como hemos señalado en páginas anteriores, la democracia consensual soslayó los conflictos de fondo (“estructurales”), el disenso, las contradicciones sustantivas; tuvo por objetivo primordial el encubrimiento de la lucha de clases. Entonces, indirectamente, la democracia consensual terminó alimentando un clasismo unilateral, el clasismo de las fracciones más retrógradas de las clases dominantes. La democracia consensual, por un lado, dificultó la gestación de un “ser excedente” de las clases subalternas y oprimidas, y, por el otro, no pudo evitar (y en ocasiones impulsó) la gestación de un “ser excedente” de las clases dominantes y de los sectores más reaccionarios de la sociedad argentina. Este “ser excedente” liberó a estos sectores de las condiciones del pacto democrático de 1983.

Estamos planteando abiertamente que esos consensos “democráticos” indudablemente reportaron mayores beneficios a las clases dominantes que a las clases subalternas y oprimidas. La democracia consensual convocó a estas últimas a un festín paupé-

---

<sup>13</sup> Véase: Rancière, Jacques, *El desacuerdo. Política y filosofía*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2010.

rimo. ¿Cómo evitar sentirse estafadas? Apelando nuevamente a Rancière –ahora a *El espectador emancipado*– decimos que la democracia consensual no ayudó a las y los de abajo a “hacerse un cuerpo consagrado a otra cosa que no sea la dominación”.<sup>14</sup> No contribuyó a que las comunidades populares autoorganizadas proyectaran sus vínculos internos al conjunto de la sociedad civil popular. La competencia de las clases subalternas y oprimidas para componer ese tipo de cuerpo resulta fundamental en el proceso de formación de una conciencia emancipadora. Porque sin ese cuerpo, las y los de abajo, literalmente, no tienen donde ir. Porque sin ese cuerpo la dialéctica no tiene causa concreta. Sin ese cuerpo diferente no hay posibilidades de una racionalidad diferente y alternativa a la racionalidad opresora. Entonces, la “servidumbre voluntaria” enunciada hace siglos por Etienne De La Boétie,<sup>15</sup> el “fenómeno voluntario del amor al amo” presentado más recientemente por Pierre Legendre,<sup>16</sup> así como cualquier tipo de referencia a la “irracionalidad de masas”, se pueden explicar, en alguna medida, por la ausencia de ese cuerpo, por la incapacidad y la dificultad de componerlo.

Aquí puede resultar fructífero traer a colación a Theodor Adorno<sup>17</sup> quien, en su estudio sobre Oswald Spengler, destacaba la perspicacia del autor de *La decadencia de Occidente*, que había captado la capacidad del fascismo para aprovecharse del humanismo que no se realizaba, del falso humanismo, del humanismo ineficaz. Lo mis-

---

14 Para las clases subalternas y oprimidas siempre ha sido importante tomar conciencia de los mecanismos de dominación. No minimizamos esta circunstancia que puede responder a causas de lo más diversas: las adquisiciones de determinados saberes, el manejo de ciertas operaciones intelectuales, los condicionamientos éticos (perspectivas ético-morales), los afectos, las experiencias colectivas, sobre todo las experiencias colectivas. Hay praxis que, per se, son como manantiales de conciencia. Ahora bien, una perspectiva emancipadora también requiere de la capacidad de hacerse ese cuerpo consagrado a otra cosa que no sea la dominación del que hablaba Rancière. Véase: Rancière, Jacques, *El espectador emancipado*, Buenos Aires, Manantial, 2010, pp. 58-84.

15 Véase: La Boétie, Etienne De, *Discurso sobre la servidumbre voluntaria*, Buenos Aires, Libros de la Araucaria, 2006.

16 Legendre, Pierre, *El amor del censor*, Barcelona, Anagrama, 1979.

17 Véase: Adorno, Theodor W., *Crítica cultural y sociedad*, Madrid, Sarpe, 1984. pp. 25-56. “Spengler tras el ocaso”.

mo podríamos afirmar respecto de las operaciones del neofascismo (y de la ultraderecha en general) sobre la democracia no realizada, sobre los sermones democráticos. En efecto, las falsedades de la democracia, históricamente, han sido una fuente de provisión de insumos para el fascismo.

Por todo eso, hoy, son las expresiones más retrógradas de las clases dominantes, enemigas de la dignidad humana, las que aprovechan las condiciones en las que se produce la ruptura de esos consensos “democráticos” para tratar de imponer otros aún peores, monolíticos, sin fisuras, dogmáticos. Consensos configurados como confabulaciones del poder, como complicidades de las clases dominantes, como el ecumenismo antihumano de los de arriba. Consensos basados en la impiedad, la superstición, el individualismo, el negacionismo, el machismo, la aporofobia, la acumulación por desposesión, etcétera.

El pensamiento hegemónico (en un sentido muy amplio) ocultó sistemáticamente el modo en que los diferentes actores/actrices y grupos sociales llegaron a la mesa donde se establecieron los consensos “democráticos”; pasó por alto la asimetría de las partes, el carácter desparejo de los interlocutores. El mismo régimen del consenso presupone a las partes como “dadas”, sin ahondar en sus trayectorias constitutivas, sin considerar el proceso histórico (de derrota o consolidación, de debilitamiento o potenciación, de introyección o de proyección) que las depositó en una arena o en una mesa de negociación con condiciones estratégicas ofensivas o defensivas.

Por cierto, el problema más grave en estos días radica en que estos consensos “democráticos” han comenzado a resquebrajarse de la peor manera, de la forma menos deseada (aunque, de algún modo, previsible). No son, precisamente, los grupos más politizados y movilizados de la sociedad civil popular que pugnan por la vida digna y por un proyecto socialmente emancipador los que cuestio-

nan estos consensos y aspiran a renovarlos por otros fundados en un nuevo sentido común crítico-humano; por el contrario, son los grupos más reaccionarios, a los que podríamos definir como “pre-consensuales”, los que aparecen en la primera línea de la impugnación. Son estos grupos los que proponen luchar contra “lo real”, mientras que las fuerzas dizque democráticas parecen satisfechas con lo que existe.

Estos grupos de la derecha y la ultraderecha conciben esos consensos como un límite a su voracidad. Frente al desarme material, ideológico, político y cultural de las clases subalternas y oprimidas, frente a la falta de iniciativa de sus instancias organizativas, estos grupos están decididos a imponer otro “régimen de lo sensible” y un sentido común reaccionario absolutamente colonizado por el mercado y el capital. Estos grupos aspiran a “poner en valor” políticamente las posiciones subjetivas que han conquistado. Para lograr sus fines, se apoyan en las cloacas de la política, siempre en disponibilidad y, hoy más que nunca, prestas a reemplazar a “la casta política”. La sustitución de una casta por una cloaca solo anuncia un retroceso dentro del retroceso. De este modo, estos grupos predatorios, pretenden ratificar la nueva diferencia real que atraviesa la sociedad. Todo esto implica, lisa y llanamente, retrotraernos a los tiempos oscuros de la última dictadura militar.

La democracia consensual nos arrojó a esta orilla lúgubre. La aceptación acrítica y la naturalización del pacto de 1983 nos condenó al naufragio político. Atadas y atados a él, difícilmente logremos elaborar las lúcidas hipótesis de resistencia que esta hora aciaga nos reclama con urgencia.

*Lanús Oeste, mayo-octubre de 2023.*





## Bibliografía general

AA.VV., *1983-1923. Cartografía de una democracia de la derrota*, Buenos Aires, Ediciones Herramienta y ContrahegemoníaWeb, 2023.

AA.VV., *Pasados presentes. Política, economía y conflicto social en la historia argentina contemporánea*, Buenos Aires, Dialektik, 2006.

AA.VV., *La primera internacional y el triunfo del marxismo-leninismo*, Buenos Aires, Editorial Porvenir, 1965.

Adorno, Theodor W., *Crítica cultural y sociedad*, Madrid, Sarpe, 1984.

Arendt, Hannah, *¿Qué es la política?*, Barcelona, Paidós, 1997.

Arendt, Hannah, *La condición humana*, Buenos Aires, Paidós, 2010.

Benjamín, Walter, *Discursos interrumpidos*, Madrid, Taurus, 1979.

Berengan, Mauro: “Del mercado al Estado, del Estado a la comunidad. La democratización del poder como posibilidad de transición”. En: AA.VV., *1983-1923. Cartografía de una democracia de la derrota*, op. cit.

Bobbio, Norberto, *Estado, gobierno y sociedad. Por una teoría general de la política*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1996.

Borón, Atilio y De Vita, Álvaro (compiladores), *Teoría y filosofía política. La recuperación de los clásicos en el debate latinoamericano*, Buenos Aires, CLACSO, 2002.

Campione, Daniel: “La democracia como procedimiento y como sustantividad”. En: AA.VV., *1983-1923. Cartografía de una democracia de la derrota*, op. cit.

Castel, Robert: “La protección social en una sociedad de semejantes”. En: <https://doi.org/10.18046/recs.11.400>.

Castoriadis, Cornelius: “Poder, política y autonomía”. En: Ferrer, Christian (compilador), *El lenguaje libertario*, Buenos Aires, Anarres, 2007.

Césaire, Aimé, *Discurso sobre el colonialismo*, Madrid, Ediciones Akal, 2006.

*Constitución de Nación Argentina*, Buenos Aires, Editorial Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Nación y Dirección Nacional del Sistema Argentino de Información Jurídica, 2013.

## “Democracia” contra Democracia

- Davies, William, *La industria de la felicidad*, Barcelona, Malpaso, 2016.
- Dahl, Robert A., *La poliarquía, participación y oposición*, Ciudad de México, Editorial Rei, 1996.
- De Sousa Santos, Boaventura, *Reinventar la democracia, reinventar el Estado*, Buenos Aires, CLACSO, 2005.
- Dussel, Enrique, *20 tesis de política*, Caracas, Fundación Editorial el Perro y la Rana, 2010.
- Ferrer, Christian (compilador), *El lenguaje libertario*, Buenos Aires, Anares, 2007.
- Fogwill, Rodolfo: “La herencia cultural del proceso”. En: Revista *El Porteño*, N° 29, Buenos Aires, mayo de 1984.
- Foucault, Michel, *Nacimiento de la biopolítica. Curso del Collège de France (1978-1979)*, Madrid, Akal, 2012.
- Frazer, Nancy, *iContrahegemonía ya! Por un populismo progresista que enfrente al neoliberalismo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2021.
- Freud, Sigmund: “El malestar en la cultura” y “El Porvenir de una ilusión”. En: *Obras Completas*, Volumen XXI, Buenos Aires, Amorrortu, 1992.
- Gago, Verónica, *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2014.
- González, Horacio, *Humanismo, impugnación y resistencia. Cuadernos olvidados en viejos pupitres*, Buenos Aires, Colihue, 2021.
- Gramsci, Antonio, *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1972.
- Grüner, Eduardo, *Lo sólido en el aire. El eterno retorno de la crítica marxista*, Buenos Aires, CLACSO, 2021.
- Habermas, Jürgen, *Sobre la relación entre política y moral*, Buenos Aires, Almagesto, 1991.
- Huxley, Aldous L., *Un mundo feliz*, Buenos Aires, Debolsillo, 2010.
- La Boétie, Etienne De, *Discurso sobre la servidumbre voluntaria*, Buenos Aires, Libros de la Araucaria, 2006.
- Laclau, Ernesto, *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.

- Legendre, Pierre, *El amor del censor*, Barcelona, Anagrama, 1979.
- Marazzi, Christian, *¿Qué es el plusvalor?*, Buenos Aires, Red Editorial, 2022.
- Martínez Heredia, Fernando, *Pensamiento crítico y revolución. Antología necesaria*, Buenos Aires, El Colectivo, IEALC, Incendiar el Océano, [filosofi@cu.](mailto:filosofi@cu.), 2022.
- Marx, Karl, *El XVIII Brumario de Luis Bonaparte*, Buenos Aires, Claridad, s/f.
- Marx, Karl: “Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores”. En: AA.VV., *La primera internacional y el triunfo del marxismo-leninismo*, Buenos Aires, Editorial Porvenir, 1965.
- Marx, Karl, *La guerra civil en Francia*, Barcelona, Ediciones de Cultura Popular, 1968.
- Marx, Karl y Engels Friedrich, *La ideología alemana*, Buenos Aires, Ediciones Pueblos Unidos, 1985.
- Merklen, Denis, *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática argentina*, Buenos Aires, Gorla, 2005.
- Mouffe, Chantal, *Agonística. Pensar el mundo políticamente*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2014.
- Nicanoff, Sergio y Volonté, Leandro: “La violencia política en el devenir de la democracia de la derrota”. En: AA.VV., *1983-1923. Cartografía de una democracia de la derrota*, op. cit.
- Pacheco, Mariano, *La democracia en cuestión: la larga marcha hacia la emancipación*, Buenos Aires, mimeo, 2023.
- Pashukanis, Evgeni, B., *Teoría general del derecho y marxismo*, Barcelona, Labor Universitaria, 1976. [Presentación y traducción de Virgilio Zapatero].
- Perdía, Roberto, *Prisioneros de esta democracia*, Buenos Aires, Cuadernos de Formación de *Resumen Latinoamericano*, 2018.
- Popper, Karl R., *La sociedad abierta y sus enemigos*, Barcelona, Paidós, 2010.

“Democracia” contra Democracia

Rancière, Jacques, *El desacuerdo. Política y filosofía*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2010.

Rancière, Jacques, *El espectador emancipado*, Buenos Aires, Manantial, 2010.

Reich, Wilhelm, *Psicología de masas del fascismo*, Madrid, Editorial Ayuso, 1972.

Rinesi, Eduardo, *Política y tragedia. Hamlet, entre Hobbes y Maquiavello*, Buenos Aires, Colihue, 2005.

Rozitchner, León: “La putrefacción del espíritu absoluto”. En: Revista *El ojo mocho*, Nº 18/19, Buenos Aires, primavera/verano de 2004.

Rozitchner, León, *Moral burguesa y revolución*, Buenos Aires, Ediciones de la Biblioteca Nacional, 2012.

Sartre, Jean-Paul, *El ser y la nada*, Altaya, Barcelona 1997.

Spinoza, Baruch, *Tratado teológico-político*, Madrid, Hyspamerica, 1985.

Stulwark, Diego, *La ofensiva sensible. Neoliberalismo. Populismo y el reverso de lo político*, Buenos Aires, Caja Negra, 2020.

Therborn, Göran, *¿Cómo domina la clase dominante? Aparatos de Estado y poder estatal en el feudalismo, el capitalismo y el socialismo*, México, Siglo XXI, 1997.

Thompson, Edward P., *Costumbres en común*, Crítica, Barcelona 1995.

Touraine, Alain, *¿Qué es la democracia?*, Montevideo, Fondo de Cultura Económica, 1995.

Weber, Max, *Economía y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.





## Sobre el autor

Profesor de Historia y Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Docente de la UBA y de la Universidad Nacional de Lanús (UNLa). Investigador del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC-Facultad de Ciencias Sociales-UBA) y de la UNLa. Escritor, autor de varios libros publicados en Argentina, Venezuela, Chile y Perú; entre otros títulos se destacan: *¿Qué (no) Hacer? Apuntes para una crítica de los regímenes emancipatorios*; *Introducción al poder popular. El sueño de una cosa*; *Poder popular y nación. Notas sobre el Bicentenario de la Revolución de Mayo*; *Conjurar a Babel, Notas para una caracterización de la nueva generación intelectual argentina*; *El socialismo enraizado. José Carlos Mariátegui: vigencia de su concepto de “Socialismo práctico”*; *El hereje. Apuntes sobre John William Cooke*; *Marx populi. Collage para repensar el marxismo*; *Alicia en el país. Notas para una biografía de Alicia Eguren*; *La comunidad autoorganizada. Notas para un manifiesto comunero.*

miguelmazzeo@hotmail.com  
@mazzeo\_miguel  
mazzeo\_amauta

Este pequeño y gran libro reconstruye en detalle las condiciones de producción que hicieron posible el "pacto democrático" de diciembre de 1983. Atendiendo a quiénes fueron los artífices y vencedores de aquella guerra contrainsurgente acometida durante los años de dictadura cívico-militar-eclesial, da cuenta además del proceso refundacional que implicó este ejercicio del terror sobre un pueblo devastado, al que se le expropió toda su potencia y capacidad subversiva. El desarme fue por cierto militar, pero sobre todo teórico-político y de índole subjetivo. La culpa y tristeza colectiva abonaron a un sentido común orientado hacia el conformismo, la pereza y la enajenación. Sin solución de continuidad, se transitó de la utopía revolucionaria a la "democracia" de un capitalismo pacificado y neoliberal. La preeminencia de *la política* (electoral, desanclada e institucionalista) fue simétrica al declive y la deslegitimación de *lo político* en tanto apuesta insurgente y en favor del autogobierno popular.

No obstante, el balance que nos ofrece Miguel Mazzeo evita caer en el derrotismo Inmovilizador. La suya es una prosa cálida, aunque sin concesiones, que no esquiva la autocrítica generacional y militante, en tanto intelectual orgánico y lenguaraz senti-pensante de la nueva izquierda. Por ello mismo, dista de ser frío y complaciente. No claudica ante conmemoraciones insípidas que rascan donde no pica. Rememora luchas y contragolpes, anuda hipótesis aguafiestas e incita a una sesuda reflexión enraizada con el poder popular, para concluir que no basta con pisar el césped y, menos aún, contentarse con malmenorismos silvestres. Es hora de (volver a) patear el tablero e incendiar la pradera.

Hernán Ouviaña

MUCHOSMUNDOS  
CULTURA



9 789678 286631